

La Esfera

1 Diciembre 1917

Año IV.—Núm. 205

ILUSTRACION MUNDIAL



LA CORONACIÓN, cuadro de Vicente Macip, que se conserva en el Museo del Prado



Avance de la artillería inglesa para ocupar una posición durante la batalla para la reconquista de Havrincourt

DE LA VIDA QUE PASA EL HÉROE Y LOS HÉROES

El terrible vampiro de la guerra no sólo sacia con sangre su apetito; consume á los hombres íntegramente: mata y usa. Ningún cuerpo está seguro mientras quede por disparar una bala; ninguna reputación intachable mientras quede por correr un riesgo. En su dinamismo trágico, hechos y juicios adquieren ritmo tan acelerado, que no sólo se propaga á las funciones de la acción, sino también á las prolongadoras de la memoria. ¿Quién recuerda ya los cien nombres ilustres borrados por la Muerte en estos tres años de pesadilla viva? ¿No empiezan á parecer figuras de un pasado no próximo las que larvaron y desencadenaron el conflicto? En este fenómeno, en apariencia injusto, percíbense los efectos de una ley de la más pura é inesperada justicia.

Pues esta guerra, tan magnífica en abnegaciones estériles ofrendadas á la Muerte—en vez de ser sembradas y logrados sus frutos para la vida—, no puede ser la guerra de unos cuantos hombres; ni la codicia, ni la maldad, ni el genio, habrían podido ejercer sus potencias de mal si el socialismo hubiese cumplido su fin. La guerra de todos los hombres, que apenas habrá alguno á quien su maléfica influencia no llegue, ha sido posible porque todos la quisieron ó la aceptaron; porque la han aceptado, no tuvieron la fuerza inerte de oponer dos brazos cruzados y una conciencia limpia de prejuicios al absurdo fantasma de Marte, resucitado para escarnio de la civilización. Aun otra vez los pueblos han sucumbido heroicamente en holocausto de los héroes. Los viejos rencores, los viejos tambores y los venideros temores aconsonataron este nuevo terceto dantesco. Mas he aquí el olvido, que para muchas soberbias es castigo ya, tendiendo sus alas brumosas sobre las individualidades. Las humanas cumbres de Carlyle han de ceder el paso á las potencias anónimas; y si, como su héroe analítico, el profesor Teufelsdröckh, siguen viviendo algunos en la calle de la ilusión, aquí está la realidad para disuadirles á cambiar de domicilio á sus almas. Las cumbres políticas y las militares se abaten; á poco que la contien-

da dure, el torrente de sacrificios, de dolores anónimos, sobrepasará las máximas alturas. Para los privados de fe en los destinos humanos, esta experiencia puede demostrar que el porvenir es de las masas. Delcassé en Francia, Sir Edward Grey en Inglaterra, Bethman Holweg en Germania, Sazonow en Rusia, han dejado de ser figuras de hoy. Von Kluck, Brusiloff, French, se amortiguan también en el recuerdo.

De continuo vemos surgir de lo ignoto hombres que dominan un período, triunfan en varias pruebas, sucumben como es preciso en guerra tan larga y rica en alternativas, y se pierden después para dar ocasión á la esperanza. Cambian las estatuas de los héroes, pero el pedestal heroico hecho con la sangre, con las renunciaciones y la desesperación de tantos pueblos, queda á cada rato vacío... y ojalá al concluir la contienda vacío esté para futuros bienes.

El héroe ha sido en esta guerra el que lo fué en todas y en el tiempo que medió entre todas. Si á la hora del balance terrible encuentra que su laurel ni siquiera le ofrece la prosaica utilidad de sazonar un estofado siempre inseguro para él, acaso una tardía voluntad de acción alumbre sus tinieblas, y estudie, rescate á los malos pastores que pintara Mirbeau su conciencia, y sumando los millones de moléculas espirituales, ponga sobre el sepulcro de Moloch una losa que no pueda moverse jamás. La madre Patria—tantas veces madrastra para él—lo miró con sus ojos henchidos de ansias, mostrándole el regazo hollado, y la cólera inflamó los pechos é hizo vibrar las manos con furor homicida. Bastaba una hora de recapitulación feliz para comprender que todo ello era un error de perspectiva y que bastaba que todos los pueblos mirasen desde el mismo punto para percibir la facilidad de evitar tanto mal; esa hora pasó en la clepsidra baldiamente. Y como la sangre llama á la sangre, las vejaciones llaman la venganza, la primera gota tibia y roja y el primer pie puesto sobre el vencido, hicieron imposible sostener el alud en ese plano inclinado cuyo fin muere al borde de una

inconmensurable sima, de la cual apenas nada conocemos. Héroe de siempre y para siempre fueron los pueblos. ¿Qué suman junto á su heroísmo las acciones más arrojadas? Sin su concurso ninguna página épica habría podido escribirse, ningún político, ningún caudillo habría inmortalizado su nombre. El es la levadura; la cera dúctil, el pan y el vino de esta cena; como en el drama castellano, pueden decir «todos á una», para la idea á la vez necia y sublime de este sacrificio; sus nombres son los que se niegan en los partes de las batallas, sus dolores los que ningún historiador contó nunca, sus restos los que abonan las tierras y no se consumen en la estéril fastuosidad de los mausoleos. El es el héroe eterno á quien falta la conciencia de su poder...

Hoy, separado por las fronteras de sus mutuos errores, sólo queda á los pueblos seguir desangrándose; pagan su falta contra el espíritu con lo mejor que tienen: con su vida y su bienestar, y ello es casi justo. Y mientras llega la hora de llorar las fuerzas perdidas, los inventos prostituidos, la salud y el porvenir de hijos y nietos jugados en esta partida incalificable, su heroicidad es lo único que merece exaltarse, no con los versos vindicativos del lírico de los «laudes» ni con las estrofas abominablemente preñadas de sadismo y de odio de Yvan Arnaudof, sino con la dolorosa unión con que se habla del que, siendo fuerte, se dejó burlar por los débiles y dilapidó su energía, digna de emplearse en acciones de bien, en fratricidas luchas.

Sobre las opiniones, sobre las simpatías, sobre nuestra razón para estar con todo el anhelo junto al grupo que combate por la libertad, respetemos al héroe indudable, y lamentemos que sólo de una manera furtiva, con timidez, se acerque de tiempo en tiempo alguno á verter unas gotas de aceite en la lámpara casi extinguida de esa virgen prudente tan lejana de las Walkyrias germanas como de Juana de Arcó francesa, que responde al nombre profundo, casto é inefable de Paz.

A. HERNÁNDEZ CATÁ

MONUMENTOS EXTRANJEROS



Pintoresca vista del castillo de Jarasp, en el Engadin (Suiza)

FOT. WH. R. I. A. G.



EL FARO TRÁGICO

CINEDRAMA EN CUATRO ACTOS Y UN EPÍLOGO

PERSONAJES

Mariucha Leonardo
Petra Antonio
José

ACTO PRIMERO

Leonardo Valdelaguna, marqués de los Viveros, joven sportman aficionado al canotage, hace una excursión con varios amigos.—En una tarde espléndida del mes de Julio, desatraca del embarcadero del muelle una ligera y rutilante canoa automóvil tripulada por Leonardo y dos aristocráticos amigos. El esquife cruza raudamente la bahía, dejando á babor los barcos anclados en el puerto, vapores de humeantes chimeneas y veleros de enmarañadas jarcias, rodeados de botes, gabarras y lanchones de diversas formas y tamaños. En este lado se alza el caserío de la ciudad. En la orilla opuesta se aleja la montaña, sobre cuya tonalidad verde destacan sus alburas las elegantes villas veraniegas, cubiertas de tejados pizarrosos. Pasa junto á la suntuosa mole de un trasatlántico fondeado en el centro de la rada, y, poniendo proa al mar, avanza velozmente hacia la entrada del puerto. En medio de la entrada se yergue un islote de ingentes peñascos, sobre los cuales blanquea una casita medrosamente adosada á un altivo torreón. Es el faro que anuncia al navegante los peligros de la barra y el refugio del puerto.

Al pasar frente al faro, uno de los amigos dice, mirando hacia el parapeto del torreón:

—A ver si asoma la hija del torrero.
—¿Tiene una hija?—pregunta Leonardo, indiferente.
—Preciosa—contesta el amigo.
—Tiene fama de bonita en toda esta comarca—añade el otro.
—A la vuelta podemos atracar un momento y beber unas botellas de cerveza. ¿Os parece bien?

—Bueno—asiente Leonardo.
—¡Verás qué mujer!—dice con entusiasmo el amigo primero.

—¡Verás!—confirma el otro.
La gasolinera atraviesa la barra y entra resueltamente en el mar libre, surcando las olas inquietas. El sol irisa la espuma que salta jubilosamente en la blanca estela del barco.

El torrero y su hija.—Rodea la casita y el torreón del faro una pequeña terraza enlosada, protegida por un blanco y recio parapeto de piedra. En esa terraza, sentados frente á la inmensidad del mar, están el viejo torrero José y su hija Mariucha. Mariucha habla, alegre y locuaz, con sus grandes ojos pardos que fulguran en la sombra del torreón, y ríe con su fresca boca de labios coralinos y dientes nacarados. La brisa del Cantábrico agita suavemente los crespos rizos de su cabellera. El viejo la oye gozoso y sonríe con paternal cariño, mientras se pierde su mirada en la fulgente lejanía.

Comienza el regreso de la pesca, y el camino del puerto se marca por las blancas velas de las lanchas y el negro humo de los vaporcitos pes-

queros. Al acercarse al faro saludan los viejos pescadores:

—¡Buenas tardes, José!
—¡Buenas tardes!—contesta el torrero, quitando la ennegrecida pipa de su boca y levantando el brazo con un amistoso ademán—. ¿Hais tenido buena pesca?

—¡Pseh! Otros días s'han dao de peores—contestan invariablemente los marinos.

Y lancha por lancha van saludando sus tripulantes al viejo amigo del torreón y á su hija Mariucha, abatiendo de paso el velamen al internarse en el puerto, como gaviotas que abaten sus alas al refugiarse en el nido.

También regresan los excursionistas.—En el sendero abierto por la quilla de los barcos pescadores, aparece orgullosa y altiva la melada lancha gasolinera. En el silencio del ambiente formado por los monótonos rumores del mar, se escucha su trepidación. La canoa, que avanza desdeñosa y audaz, al aproximarse al faro refrena su marcha, y prudentemente busca entre las rocas el hueco que sirve de fondeadero. Se detiene, y los aristocráticos excursionistas saltan á la escala de piedra. Durante unos momentos, aún se oye crepitar el motor.

José y Mariucha, que han presenciado el desembarco, se han puesto de pie y esperan solícitos la llegada de los viajeros.

A poco rato, sentados en la terraza alrededor de una mesita de hierro, con los vasos de cristal limpio y transparente ante sí, los tres amigos charlan y bromean, mirando codiciosos y piro-

peando galantemente á Mariucha que, toda ruborosa, yergue entre ellos su arrogante figura, descorchando unas botellas de cerveza.

Su cuerpo esbelto, de prietas morbideces; su pecho alto y túrgido, sus ojos fulgurantes, sus dientes blancos, sus húmedos labios rojos, sus enmarañados cabellos castaños, su naricilla voluptuosa y el color atezado de su cara curtida por el sol y el aire salobre del mar, excitan la sensualidad de Leonardo, que, juzgando la aventura digna de él, despliega sus artimañas de hombre galante y avezado conquistador. La pobre Mariucha, cándida virgen del mar, inocente en lides amorosas, va recogiendo en su alma la venenosa dulzura de las frases de aquel hombre tan apuesto y cortésano que habla con voz amable y sugestiva.

—Volveremos—dice Leonardo, intencionadamente, cuando se despiden. Y Mariucha baja los ojos con rubor.

Al saltar de nuevo á su embarcación, el marqués pregunta á sus amigos:

—¿No decíais que tenía fama de arisca entre los hombres?

—Sí, es verdad. Pero ya hemos visto que contigo...—dice el amigo primero.

—¡Qué suerte tienes!—añade el otro.

—¡Miradla!—exclama triunfalmente Leonardo.

La lancha se aleja ruidosa y velozmente. Sobre el parapeto del faro se yergue arrogante el busto de Mariucha, que ve alejarse el ligero barco, sonriendo dulcemente, mientras asoman unas lágrimas inexplicables en sus lindos ojos.

Antonio el pescador.—Tan distraída está Mariucha con la despedida del marqués, que no ha visto una lancha pescadora que cruzaba la barra al mismo tiempo que la canoa de sus preocupaciones, ni ha oído la voz de Antonio el pescador que, con emoción mal contenida, la saludaba al pasar frente á ella:

—¡Buenas tardes, Mariucha!

Al notar el silencio de la torrera, los compañeros de Antonio han prorrumpido en burlonas carcajadas.

—Ahora verás cómo á nosotros nos contesta—. Y todos á coro gritan:

—¡Buenas tardes, Mariucha!

Mariucha contesta saludando con la mano, y vuelve á quedar silenciosa y pensativa, mirando á lo lejos al puerto y á la ciudad.

Antonio, avergonzado por la burla de sus compañeros, y dolorido por el desdén de Mariucha, frunce el entrecejo, y, retadoramente, mira también al barquito que se aleja llevando á los señoritos, que siempre vienen á turbar la alegría de los humildes.

Ha caído la tarde. Se extiende por la bahía la lívida claridad del crepúsculo. En el torreón luce el faro como una temprana estrella en el sedoso cielo de la noche.

ACTO SEGUNDO

Un mes después.—El viejo torrero advierte cariñoso, aunque inútilmente, á su hija enamorada, los peligros de aquel amor. En la terraza del faro, acodada sobre el parapeto, ceñuda y silenciosa, Mariucha oye la voz grave de su padre, que razonadamente, cariñosamente, advierte á su hija los riesgos de su enamoramiento. A él no le disgustan aquellas relaciones, porque Leonardo parece bueno, honrado, noble y caballeroso; pero... él es un título, y ella... Hay una gran diferencia de clases.

—¿Qué importa eso cuando se quiere? ¿Y por qué Leonardo no me ha de querer de verdad?—responde á esta observación Mariucha. Y al decirlo se representa en su imaginación su propia efigie, como si estuviera contemplándose ante la luna de un espejo. ¡Sí que es hermosa!—¿Por qué no me ha de querer de verdad?—vuelve á preguntarse mentalmente, satisfecha y orgullosa de su belleza.

José mueve la cabeza con gesto resignado, y mirándola tiernamente, se aparta de su hija y entra en la casa para subir la escala del torreón y encender el faro, que ya el sol poniente se extingue y en el mar hay siempre navegantes que,

en la obscuridad de la noche, necesitan saber las señales de la entrada, por si han de guarecerse en el puerto.

Mariucha, pensativa, sigue oteando la bahía con leve ansiedad, y cuando descubre la canoa de su amante, que viene presurosa, proa al islote del faro, corre gozosa al fondeadero, y desde el último peldaño de la estrecha gradería, inclinándose y avanzando el busto cuanto puede, agarra la borda de la frágil embarcación y, atrayéndola y sujetándola después, ayuda en su breve maniobra á Leonardo, que salta ligero en tierra y saluda amorosamente á Mariucha, mientras ella, como siempre, le reprocha con mimo su tardanza.

Los dos novios, en vez de subir á la terraza, siguen una sendita que entre las breñas va rodeando el torreón, y llegan á un delicioso paraje, desde donde se contempla el mar libre. Allí se sientan sobre un peñasco verdinegro por el liquen y el musgo que lo recubre, y charlan de amores en aquella poética hora del atardecer, en tanto que del mar vuelven las lanchas de la pesca, y en las orillas, sobre los acantilados, y en las montañas lejanas, se van encendiendo las lucecitas de los caseríos y la espléndida iluminación de los casinos y de los hoteles.

Leonardo rodea con un brazo el talle de Mariucha, y con voz cálida y persuasiva ruega y suplica para obtener algo que ella niega con débil tenacidad, bajos los ojos y entreabierta la boca, sedienta de amor. Los pescadores que vuelven al puerto miran hacia el grupo cuando pasan frente al islote del faro, y el viejo torrero acaso vigila también desde el parapeto de su terraza. ¡Imposible!

—¿Pero esta noche?—pregunta él con humilde insistencia.

—No me quieres—contesta Mariucha.

Leonardo redobla sus protestas de amor, y, cuando en voz baja dice: «Hasta luego», al saltar á su canoa, brilla en sus ojos una sonrisa de triunfo.

A media noche—Nadie en el mar. Un bote cu-



yos remos apenas rozan las aguas dormidas, se aproxima cautelosamente. Salta un hombre a tierra. Mariucha se acerca temblorosa y, juntos, se pierden entre las rocas abruptas. La voz de Leonardo, encendida por el deseo, miente amores y pronuncia juramentos de fidelidad que no piensa cumplir. Mariucha se abandona dulcemente... Bajo el cielo estrellado se funde el murmullo de los besos con el rumor de las olas y los acordes de una orquesta que en el Casino lejano suena melodiosamente. ¡Divina armonía de una noche de amor!

ACTO TERCERO

La mañana de un domingo.—Mariucha desembarca en el muelle, donde un grupo de amigas la recibe con algazara. Juntas se encaminan a la iglesia, y el viejo botero, que permaneció en su lancha entretenido en su amarre, al ver aquellas mozas garridas ataviadas con sus vestidos de fiesta, que alegres y bullangueras se alejan por el malecón, sonríe paternal. Las muchachas apresuran el paso, que ya en la torre suena el tercer toque anunciando la inmediata celebración de la misa.

Cuando salen de la vetusta iglesia románica, cuyas viejas piedras amarillean al sol, se dirigen a casa de su amiga Petra, donde han de comer alegremente reunidas, comentando los chismes y cuentos que circulan por la villa pescadora. Suben por un cerro cubierto de césped, sobre el cual se tienden a secar las redes, al tiempo que los pescadores reparan las mallas rotas. En la fachada de algunas miserables casucas cuelgan los trajes marineros, húmedos aún por las salobres aguas de alta mar.

Mariucha cuenta a sus amigas la felicidad de su amor. El es muy guapo y muy elegante, y la quiere mucho, mucho. Son numerosas las pruebas de cariño que la tiene dadas, y ha prometido casarse con ella. Se lo ha jurado solemnemente en el majestuoso silencio de la noche estrellada, sobre los abruptos y apartados peñascos del solitario torreón.

La triste verdad.—Antonio, que ha divisado a las mozas, suelta las redes que estaba recogiendo y sale al encuentro del grupo, saludando cortésmente. A Mariucha la mira compasivo y la habla en tono de amorosa queja. Es lástima que ella no quiera a un mozo honrado y trabajador, que daría la vida por su cariño, y, en cambio, haya puesto sus amores en un hombre que no la quiere, que sólo busca un entretenimiento deshonesto en su belleza, que no ha de casarse con ella nunca y que escarnece su cariño hablando con otra mujer.

—Eso no es cierto—dice Mariucha, con un indignado miedo que hace palidecer el saludable carmín de sus mejillas.

—Eso es verdad—afirma resueltamente Antonio—. Tu novio tiene otra novia que es señorita, hija de una duquesa. Yo los he visto en la playa y en una canoa por la bahía, y todas las tardes en la terraza del palacio de su novia, que da a la parte del mar.

Mariucha se pone muy seria y queda pensativa.

—¿Todas las tardes, has dicho?

Al contestar Antonio con un gesto afirmativo, ella reanuda su marcha en medio del grupo de sus amigas, que la miran calladamente.

Aquella tarde.—Por un sendero que desciende y sigue luego trecho a lo largo de la costa, avanzan Mariucha y Petra. Llegan a un punto en que se domina de cerca la terraza que indicó Antonio. Están junto al palacio que se levanta sobre un escarpe, con sus torrecillas cubiertas por una caperuza de pizarra. Es una de esas villas, estilo *château*, que en la costa de plata se columbran, a veces, semiocultas por las frondas del jardín. Una balaustrada de piedra cierra la quinta del lado del mar.

No la engañó Antonio. En la terraza, sentadas en amplios sillones de mimbre, hay dos señoras que conversan amigablemente. Sobre unas

mesitas recubiertas por blancos y calados manteles, brilla la plata del servicio de té que humeó en las tazas de porcelana y aromó el espacio un breve momento. Acodados en la baranda, mirándose fijamente, ajenos al paisaje y al cabrileo del sol poniente sobre la rizada superficie del Cantábrico, Leonardo y su novia, la gentil duquesita, charlan animadamente, con las caras muy juntitas, haciendo pausas en que los labios se buscan, y algunas veces parece que se encuentran y se unen.

Mariucha los contempla un instante, y sentándose luego abatida sobre una peña, esconde su cara entre las manos, que se crispan nerviosamente, y rompe en sollozos, que no pueden aliviar las palabras afectuosas de su amiga. La triste verdad entró en su corazón, y la pobre Mariucha, con el alma rota, cae desfallecida sobre las breñas y llora sin consuelo...

ACTO CUARTO

Lunes.—Cuando fondea Leonardo en la pequeña ensenada del islote, no hay nadie aguardándole en el embarcadero. Extrañado, inquiere la presencia de Mariucha; pero nadie asoma tampoco sobre el parapeto del torreón. Sube presuroso, y la encuentra en la terraza, sentada con aire de abatimiento; entre las manos, una labor que sus ojos, tristes y húmedos aún por el llanto, van siguiendo distraídamente.

Al saludo de Leonardo contesta ella con una mirada iracunda.

—¿Qué tienes?—pregunta él, sin comprender aquella seria actitud—. ¿Por qué no me has esperado abajo, como siempre?

Mariucha levanta la cabeza y, mirándole fijamente, le responde con otra interrogación que pronuncia con acento firme y penetrante:

—¿Por qué no viniste anoche?

—Es que tuve que ir al Casino... Teníamos cotillón... Compromisos de sociedad. En cambio, he venido esta tarde.

—Estuviste divirtiéndote, sin pensar en que yo pudiera estar esperándote, impaciente e intranquila.

—¡Mujer! Al llegar la media noche, y ver que no venía yo, pudiste suponer...

—Que estabas con tu novia... ¿No es eso?

—¿Con mi novia?

—Sí. Es preciso que hablemos seriamente.

—¿Quién te ha contado esos infundios?

—No son infundios. Quiero que hablemos seriamente, por última vez.

Y diciendo estas palabras, Mariucha se levanta, deja sobre una silla la labor y echa a andar, seguida de Leonardo. Llegan al lugar de sus íntimos coloquios, y ella se sienta. Intenta él coger y acariciar una mano, que ella retira despectivamente, y comienza una escena de quejas y reproches.

Leonardo niega que quiere a otra mujer, y a pesar de que ella lo afirma, diciendo que los ha visto juntos en la terraza de su palacio, él sigue negando, con tal aplomo, que la pobre enamorada empieza a creer en las palabras del seductor; abre su pecho a la esperanza, y dulcificando los airados acentos, amorosamente, con los ojos entornados, encendida su cara por el rubor, le dice, casi al oído, la sospecha de que aquel amor suyo no ha sido infecundo.

Al oír esta revelación, Leonardo cambia de táctica, y cuando ella le pregunta con anhelos de saberse amada, si cumplirá sus promesas y mantendrá sus juramentos, él, haciendo un falso alarde de sinceridad, la confiesa que razones de familia le obligan a casarse con la duquesita que vió junto a él.

—¡Ah! Era verdad todo—ruge Mariucha.

La galerna.—Una nube gris avanza rápidamente, se extiende por el cielo ocultando el sol y da tonos de acero a las aguas del mar, que súbitamente se encrespan. Las barcas, sorprendidas durante la faena de la pesca, vienen atemorizadas, corriendo a refugiarse en el puerto.

Leonardo intenta calmar la ira de Mariucha,

en cuyos ojos hay olas de luz que se agitan furiosas como las olas del mar. Promete no olvidarla aunque se case con la duquesita, llevarla cerca de él o venir a verla de vez en cuando, si ella prefiere quedarse viviendo junto a su padre. Y en el caso de que Dios les concediera el hijo que ella presiente, él les atendería desde Madrid, comprometiéndose a no abandonarlos jamás.

—No, no es eso—dice Mariucha con un gesto despectivo—. Tú has prometido querermme siempre, me has jurado fidelidad eterna, y, a cambio de tus promesas y de tus juramentos, dejé a mi amor que te entregara mi honra.

—Ya salió la frase de efecto—respondió burlesco Leonardo—. ¡Cómo te llenas la boca al hablar de tu honra!

—No te burlas, si no quieres que haga un disparate muy grande. Te hablo de mi honra, porque es verdad que tú me la has robado... y ahora, no te pido, te exijo que cumplas tu palabra de casamiento.

—No te pongas así, Mariucha, porque es peor. Te ofrezco mucho espontáneamente. Si exiges, no te daré nada.

—Mi honra te pido.

—¿Es que vamos a representar un folletín?

—¡Canalla! ¡No eres hombre!

Leonardo intenta marcharse. Mariucha le increpa:

—No huyas, porque es inútil. De aquí no has de salir sin jurarme que cumplirás tu palabra.

Leonardo se encoge de hombros y echa a andar hacia el embarcadero. Ella le sigue, suplicante ahora.

—¡Leonardo! ¡Por Dios te lo pido! No me dejes...

Están en lo alto de la escala de piedra que desciende al fondeadero. Mariucha, de rodillas, sujeta las piernas de su amante, que intenta desasirse.

—¡Leonardo mío!... ¡Quiéreme! ¡Yo no puedo vivir ya sin tu cariño...!

Y la voz enamorada se quiebra en un sollozo.

—Déjame—dice él enérgicamente—. Tus amenazas han ofendido mi dignidad de hombre y han enfriado los entusiasmos y las ilusiones que puse en ti. Veo que no te has entregado a mí por amor, sino por cálculo.

—¡Mientes!—grita ella, irguiéndose enfurecida.

Un relámpago ilumina las negruras del cielo, cubierto por densos nubarrones que casi hacen noche de la tarde. Retumba el trueno, y un espeso aguacero, torcido por el viento, cae sobre las olas del mar, agitado furiosamente.

—Está bien—dice Leonardo poniendo un pie sobre la grada.

—Decididamente... ¿Te vas?—pregunta ella, con una ansiedad trágica.

—Sí. Ya me costaría trabajo quererte.

—¿Me insultas y me abandonas... con un hijo tuyo?

—Eso dices tú.

Mariucha ruge un ¡canalla!, mientras yergue altiva la cabeza; echa atrás los brazos, y, dándole un tremendo empujón, queda con los ojos muy abiertos, locamente abiertos, viendo cómo el cuerpo de Leonardo se tambalea y, rebotando en un peñasco, cae ensangrentado, desapareciendo en el torbellino de las olas, que airadamente azotan las rocas con verdaderas montañas de espuma.

EPÍLOGO

A la madrugada siguiente, los vaporcillos que salieron en busca de las víctimas de la galerna, encontraron los restos de una canoa deshecha contra los peñascos donde se asienta el torreón. Y depositado piadosamente por las olas, sobre una roca del islote, hallaron el cadáver semidesnudo de un hombre, con el cráneo destrozado por los embates del mar.

SALVADOR MARTÍNEZ CUENCA

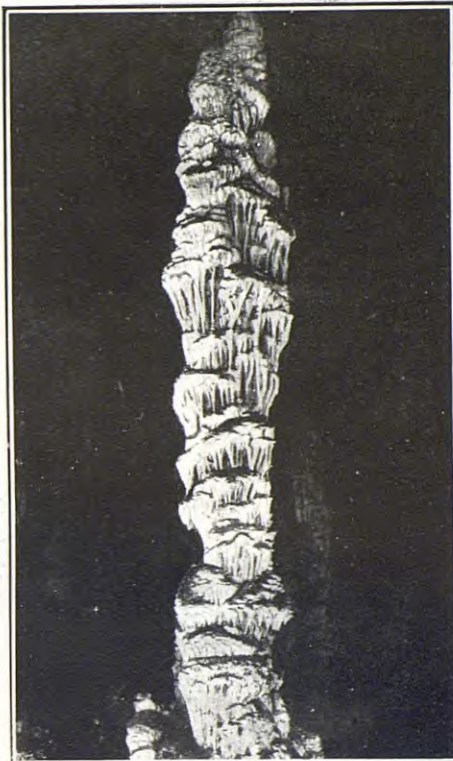
DIBUJOS DE VERDUGO LANDI



POR TIERRAS MALLORQUINAS **EXCURSIÓN Á LAS CUEVAS DE ARTÁ**



Base de la reina de las columnas



Estalagmita gigante



Detalle de una columna

Los bellos y variados panoramas que se ofrecen á la vista en el término de Artá, corroboran y agrandan la impresión gratísima que se recibe al recorrer los diversos lugares de la isla de Mallorca. Pero, aparte de las agrestes perspectivas, de las construcciones ciclópeas de sus contornos y de las pintorescas enenadas y recortaduras de la costa, que constituyen atractivos indudables, lo que llama más intensamente la atención de los visitantes, es la existencia, en la demarcación artanense, de las célebres cuevas, las que, por sí solas, son bastantes para justificar el viaje del gran número de excursionistas que todo el año acuden á la hermosa roqueta, como la denominan los naturales del país.

Aunque es cierto que en otros sitios de la isla abundan esas maravillosas creaciones de la Naturaleza, pues en el término de Manacor pueden admirarse cuevas tan magníficas como las del Drack y de Hams, no puede negarse que las típicas, las que gozan de renombre mundial más antiguo y extenso, son las monumentales de Artá. Allí, pues, nos encaminamos desde la villa men-

cionada, ávidos de contemplar la obra portentosa que tantos siglos lleva fabricándose, y que solamente el *Supremo Arquitecto* sabe cuándo estará terminada.

Nuestros caballos galopaban en dirección á la playa de Cañamell, en cuyas cercanías hallanse las grutas. Una detención de algunos minutos hubimos de hacer para echar una rápida ojeada á la torre de Villalonga, que tiene el interés legendario de aquellas fortalezas de los tiempos medios, compuestas de un torreón cuadrangular sobrepuesto á otro. Desde las almenas que la coronan se defendía la vega de Artá de las incursiones de los piratas por aquel lado de la costa.

Reemprendida la marcha, llegamos á la casa del guía, donde dejamos nuestras cabalgaduras á la vera de unos pinos añosos, para continuar á pie la excursión por un serpenteante sendero trazado en la montaña, la cual, cubierta de bosque en la parte ascendente, por la otra se hunde vertical, en profundo precipicio en el mar, su temible rival, que no cesa un instante en la perenne acción socavadora de sus cimientos.

Por el camino tratábamos de formarnos una idea de cómo podrían ser aquellas cavernas arcaicas que íbamos á visitar, auxiliándose nuestra imaginación, para tal objeto, con el recuerdo guardado de los relatos incomparables hechos por plumas ilustres y, también, con la recordación de las diversas fotografías que en ocasiones habían caído en nuestras manos. Nuestra mente parecía sentirse capacitada con tales elementos para representarse, de un modo apropiado y aproximado, la grandiosidad encerrada en aquellas catacumbas.

Ya la boca ó entrada de la cueva produce una impresión de estupor y sorpresa. Si se nos permite la imagen, es como si un desmesurado dragón, guardián de la montaña, nos recibiese con las fauces abiertas. Efectuada la subida de la escalinata que conduce á la gruta, penetramos en el amplio vestíbulo y comenzamos el descenso por aquellas laberínticas oquedades. La mirada se fija, con asombro, en las soberbias estancias guarnecidas de preciosas molduras estalactíticas. Altísimos pilares calizos de variadísimas formas, algunos de ellos de considerable anchura, se alzan aquí y allá, ennegrecidos á trechos, igual que ciertos trozos de las paredes, por el humo desprendido de las antorchas con que antiguamente se visitaban aquellos lóbregos recintos. La fantasía popular ha bautizado algunas de estas grandiosas cavidades con los nombres de *Sala de las banderas*, *Sala de las columnas*, etcétera, atendiendo á las formas caprichosas que afectan las estalactitas.

Como no se puede escudriñar todo, y la mayor parte de las techumbres escapan á nuestra percepción á causa de las luces poco intensas de que van provistos los guías, éstos, en los sitios más propicios, se encaraman sobre los macizos de estalagmitas y encienden bengalas que, con las esplendorosas irisaciones que originan, dan á las ciclópeas salas apariencias ideales y fantásticas. Entonces surgen de las tinieblas multitud de columnas alabastrinas de tamaños diversos y montículos de nácares de rarísimos relieves. Las visiones policromas, deslumbradoras, hieren la retina con imborrable huella. Es difícil encontrar semejanza dentro de lo real, con la sensación que se recibe en tales momentos. Se diría que sólo faltan las hadas y la ronda de gnomos en derredor de *Caperucita Roja*, para retrotraernos á nuestros sueños infantiles.

Al emprender nuestro regreso á Artá, ya riaba la luna sobre el mar que, algo inquieto, murmuraba su eterno y confuso diálogo con las rocas...

FRANCISCO ANAYA RUIZ



Cortinajes de piedra



Sala de las columnas FOTS. SANCHE



Un insulto imperdonable

Cumplido habéis los setenta, y es maravilla probada que entre tanta cuchillada como ponéis en la cuenta de las que disteis, ninguna haya humillado una vez vuestra soberbia altivez de jugador con fortuna, que eso fuisteis en la vida, y no otra cosa.

—Es verdad, y aun puede que, con mi edad, os ganara la partida si quisierais esgrimir vuestra fizona...

—Don Diego, que os tranquilicéis os ruego, pues platicar no es reñir. No os fiéis del corazón que así á engañaros se atreve, cuando el asma, terca ó breve, os corta la indignación y el resuello, y congestiona vuestra faz descolorida, y por la tos, sacudida, hace temblar la fizona. Perteneceis al pasado, y, por mi alma, que os deseo un sitio en algún museo, ya que andáis descabalado entre tanta gente nueva que, al rozar vuestra ropilla, lo que dejó la polilla pudiera poner á prueba, que las momias no están bien

si no es en su base, y fuera lástima que se rompiera con vos, la Historia también. —¡Hola! Puesto á platicar lo hacéis tan discretamente, que el más airado, se siente con tendencia á perdonar, y aunque llevarme quisiera de este genio que me abrasa, mi propósito fracasa y me cambio en blanda cera al oírlos; no gastéis, Don Pedro, por vida mía, en fútil garrullería ese ingenio que tenéis. Asombro de los mortales puede ser, y acá en secreto, vas con vas, vos con Moreto venís á ser tan iguales, que dudo de si los cielos, por un acabado hechizo, partió el ingenio, y os hizo en el donaire gemelos. Tened, y no os impacientéis que hable tanto y de tal modo; hay que prevenirlo todo, por si el asma, de repente, entre mis labios encona la tos pertinaz y seca, y agita mi mano enteca al manejar la fizona. ¡En guardia! ¡Trémulo estáis! ¡Miradme!... En vos reverdeceo, y cautivo permanezco del asombro que me daís,

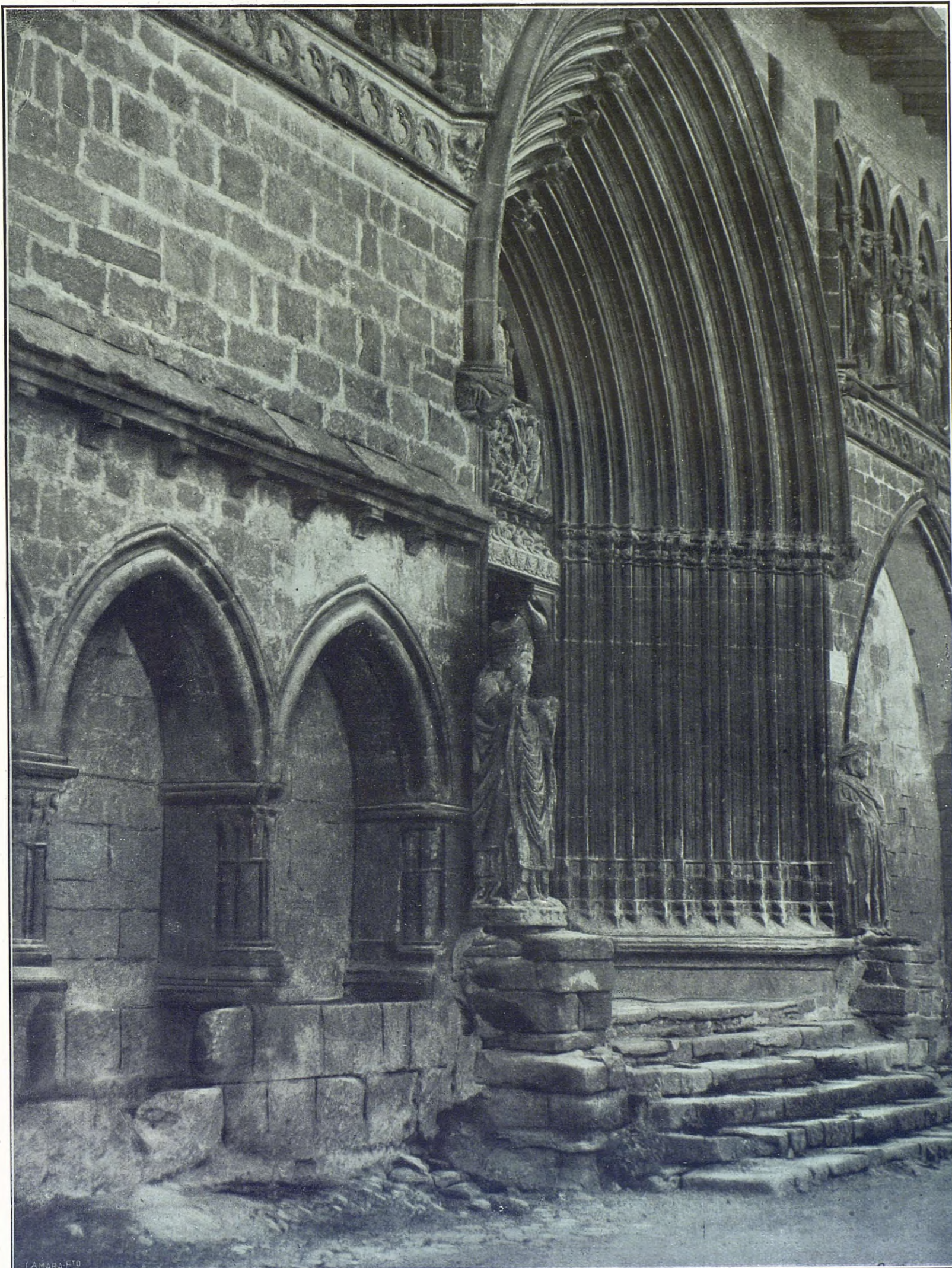
pues sois lo mismo que yo cuando el amor me impelía y, en sus ausencias, suplía al padre que os engendró! Quizá fuera más gallardo que vos, y mejor nacido desde luego, pues no olvido que sois dos veces bastardo... ¡Vence mi decrepitud, por lo que te precipitas, y ésta ya no te la quitas con toda tu juventud!

Dijo, y metió el puño airado al soltar esta ironía, y al que insultándole había dejó tendido á su lado. Envainó, miró otra vez al muerto, con la insistencia y la fría indiferencia que da al gesto la vejez, y, volviendo á corcovar el apollado talle, siguió la desierta calle repitiendo sin cesar, mientras la tos le exaspera, poniendo el rostro bermejo: "¡Ya ves si eras tú más viejo que Don Diego de Aguilera!"

Leopoldo LÓPEZ DE SAA

Fotografía á la que se concedió el premio de Honor del Circulo de Bellas Artes, y original de D. R. González.

ESPAÑA ARTÍSTICA Y MONUMENTAL



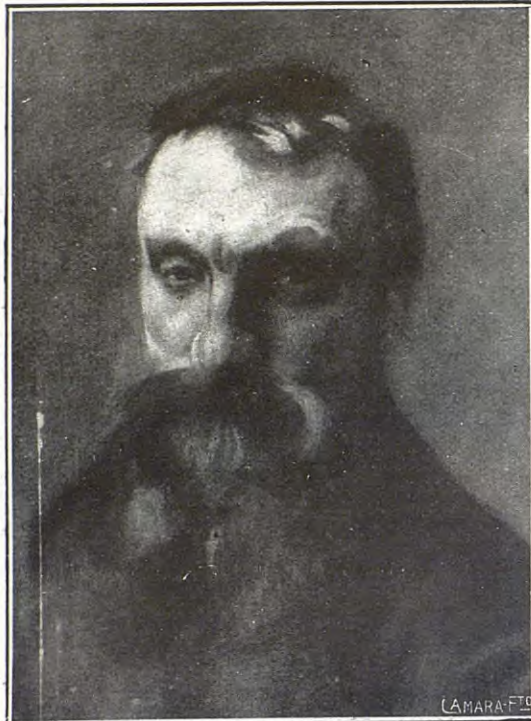
Detalle de la hermosa fachada, de estilo gótico, de la iglesia del Santo Sepulcro, en Estella (Navarra), que constituye uno de los más bellos monumentos existentes en dicha histórica ciudad, cuya riqueza arqueológica es en extremo considerable FOT. CONDE DE LA VENTOSA

EL GENIO DE LA ESCULTURA

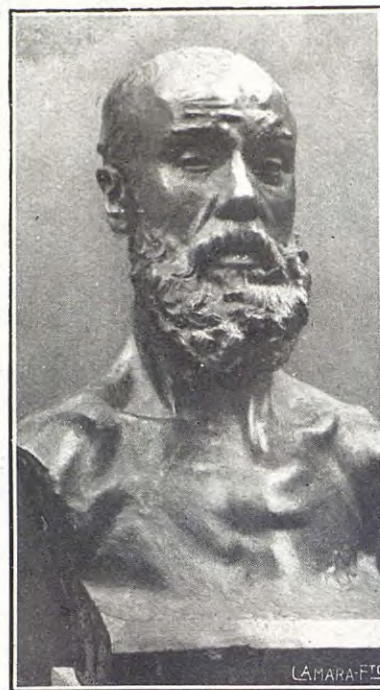
AUGUSTO RODIN



"Busto del escultor Dalou"



RODIN, por Sargent



"Busto del pintor Laurens"

En París acaba de extinguirse la vida, dilatada y fecunda, de Augusto Rodin.

Había nacido en Noviembre de 1840, y ha muerto en Noviembre de 1917. Durante ese largo período que media entre los dos otoños, el de la obscura epifanía y el de la elegíaca universalidad, la escultura contemporánea ha evolucionado en un sentido ascendente y renacentista.

A él se debe esta evolución. Es el renovador, el libertador, el impulsador de la moderna estética. Se dirá «el siglo de Rodin», como se dice «el siglo de Miguel Ángel». Aún es demasiado pronto, y demasiado cerca está su obra para contemplarla patinada de tal serenidad secular.

Y, sin embargo, ya en el hotel Biron, en el palacete de Meudon, queda esta obra con ese carácter reposado y augusto que dan los museos.

Hace años que el gran artista fué agrupando los ejemplares de su humanidad inmóvil que eternizan movibles y fugaces actitudes, que simbolizan expresivos la Naturaleza en sus salones de ambos edificios. Un año antes de morir, precisamente en el mes de Noviembre, que parece señalar episodios decisivos en su existencia, lega todas sus obras á Francia. Y no solamente sus obras propias, sino también sus colecciones espléndidas, sus atesoradas maravillas de otros tiempos y otras pretéritas civilizaciones. Porque este hombre, que ha conocido días horribles de miseria y de abandono, poseía ahora una fortuna enorme, lograda del único modo que nos parece respetable y que hace dignos de disfrutarla á quienes la poseen: con su trabajo.

ooo

Si el arte de Rodin, enfrentado á la Naturaleza, rebelado contra frías y académicas preceptivas, alcanzando máximos cánones de belleza á fuerza de desdeñar los cánones anteriores y ajenos, significa el renacimiento de la escultura moderna, su vida es ejemplo admirable de voluntad, de fe en sí mismo.

Ha conocido la befa y la deificación. Ha pasado sucesiva y alternativamente del desconocimiento al escándalo, de la incomprensión á la infalibilidad, del escarnio á las apoloías entusiastas. Y supo permanecer ecuánime, perseverante; ni desalentado por sus detractores, ni envanecido por sus panegiristas. En sí tenía la cabal medida del esfuerzo, siempre tenso, y de los resultados, siempre felices.

Rodin, como otros grandes estatuarios franceses—Houdon, Barye—, era hijo de gente pobre y humilde. Tuvo

que ganarse la vida en limitadas condiciones. Antes de darle á su espíritu la amplitud artística, hubo de sujetarle con las trabas del oficio. No se arrepintió jamás el gran escultor de tal aprendizaje.

A los catorce años ingresa en una escuela de dibujo para obreros que existía en la calle de la Escuela de Medicina. En esa misma escuela aprendieron á dibujar Fremiet, Carpeaux y Dalou.

Es el período oscuro, amargo, que la sombra y el silencio envuelven. Rodin gana penosamente su vida. Cuando en 1863 se une á Carrier Belleuse—unión que duró veinte años—empieza á considerarse libertado, entregado un poco á sí mismo. De esta época es *El hombre de la nariz rota*, retrato de un vagabundo que modeló Rodin á los veintitrés años en la cuadra que había transformado en taller.

El hombre de la nariz rota, como *El pensador*; como *Los burgueses de Calais*, como *La edad de bronce*, como *San Juan*, es una obra bien rodiniana y bien conocida. Señala el punto inicial de la per-

sonalidad del maestro. Tiene una grandeza clásica, un vigor realista extraordinario. De igual manera que otras esculturas de Augusto Rodin, parece llegar á nosotros saliendo de un milenario sueño en la tierra desde el lejano helenismo.

El hombre de la nariz rota fué rechazado en el Salón de 1864, y catorce años después, en el Salón de 1878, era ensalzado hasta la hipérbole.

El caso había de repetirse más de una vez en la vida de Augusto Rodin.

La edad de bronce suscita el escándalo de los profesionales mal intencionados y los cretinismos de la crítica en el Salón de 1877.

La edad de bronce—que primero se tituló *El hombre que despierta en la Naturaleza*—es una de las más bellas estatuas de Rodin. En ese adolescente desnudo, que una sana laxitud desprecia bajo el sol fecundo, Rodin simbolizó el período ilusionado de su vida, cuando la segunda juventud y los primeros triunfos le aseguraban en la ruta definitiva. Es un prodigio de palpitante y viviente realismo, de veracidad graciosa y rítmica en la interpretación del cuerpo humano. Y tan rara perfección le hallaron, que se inventó la burda patraña de que Rodin había modelado *La edad de bronce* utilizando vaciados del natural.

A partir de este momento, Rodin, protegido por Edmundo Turquet, surge del anonimato. Se le acercan partidarios y le hostilizan detractores. El maestro quiere, á pesar de la diáfana rectificación que epilogó el escándalo de *La edad de bronce*, demostrar, con su honradez técnica, su riqueza imaginativa. Entonces, en medio de su labor, que ya empieza á ser numerosa, crea el *San Juan Bautista* en proporciones mayores que las del natural, para evitar se repita la estúpida imputación, y concibe la audaz y pródiga composición de *La puerta del infierno*, que le encarga el ministro Turquet para el Museo de Artes Decorativas, y donde la serenidad épica del Dante se anima, se contorsiona con el torturador influjo de la enfermedad psicológica de Baudelaire.

Vienen después, cronológicamente, la serie de bustos de artistas, de escritores contemporáneos del maestro; una serie de broncees que prolongan, reformándola, magnificándola, la tradición francesa de este género de obras. Rodin immortaliza los rostros de Dalou, de Puvis de Chavannes, de Juan Pablo Laurens, de Víctor Hugo, de Mirbeau, de Rochefort. Expresa también en broncees y mármoles ideas filosóficas; traslada de la litera-



"Los burgueses de Calais"



"Victor Hugo"



"Adán y Eva"



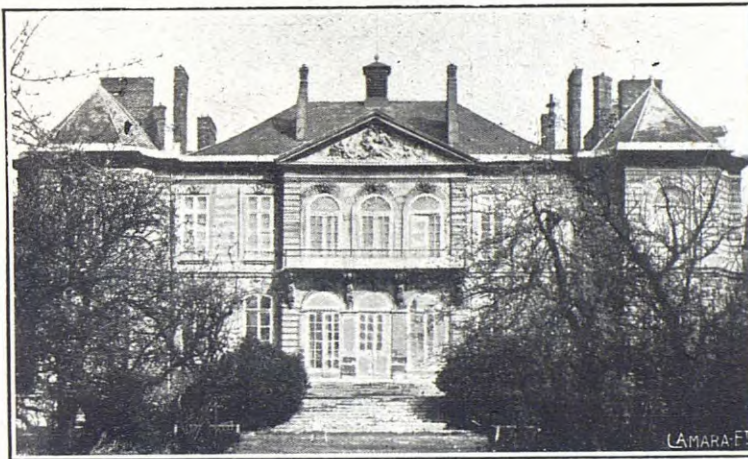
"El beso"

tura, y aun de la pintura, á la escultura motivos y pensamientos nuevos en mármoles y bronce. *El pensamiento, La mano de Dios, El crepúsculo descendiendo en la noche, Las nubes, Una sombra hablando á una mujer desolada, Croquis de un ensueño, Amor fugit...*

Al mismo tiempo, su renacimiento de clásicas paganas alegra la escultura francesa. Evas y Apolos, centauros y faunos, Venus y Hércules que irrumpen como una exaltación de la libre Naturaleza con sus cuerpos desnudos y rítmicos. Se piensa en los griegos, pero no como una parodia de pseudo-helenismos, no como una repetición del frígido academicismo del siglo XVIII, almidonado y erudito.

No. Rodin ve la Humanidad como los griegos del buen siglo la contemplaban. La Naturaleza—dice—se compone á sí misma.

Por último, es entonces también cuando simboliza en *La vieille Heaulmiere*—esta horrible vieja que representa la antigua cortesana, de cuya decadencia física se burló Villon en una poesía célebre—su afirmación de que para el artista todo es bello en la Natu-



El Museo Rodin, en el Hotel Biron

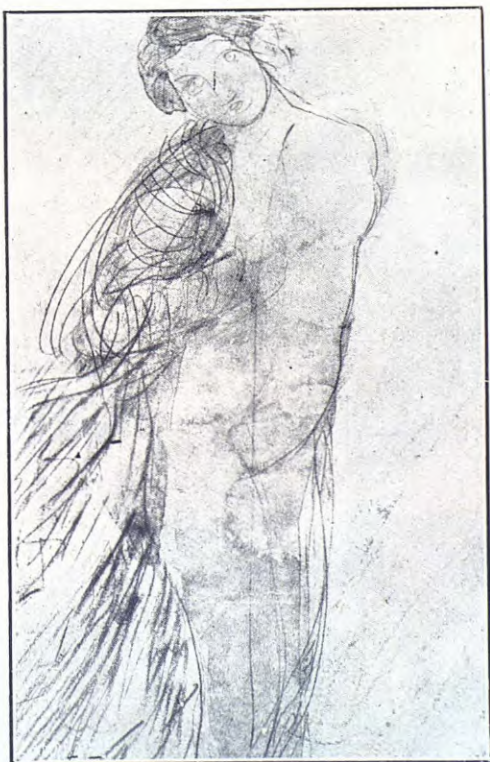
raleza, con la misma feroz sinceridad que el florentino Donatello ó que el español Velázquez.

Sin embargo, aún le quedaban al Rodin consagrado las absurdas incomprensiones del monumento á Gellée, del monumento á Victor Hugo, de *Los burgueses de Calais*, y, sobre todo, de la estatua de Balzac, que reúne el doble concepto ideológico y técnico de la escultura rodiniana.

Y le quedaba más aún. La hostilidad irrespetuosa de los jóvenes impacientes que, á la sombra de otros grandes escultores franceses, como Bourdelle y Bernard, empezaban á disparar sus flechas contra los muros del hotel Biron y contra la casa de ladrillos rojos que, en Meudon, ocupaba el maestro.

ooo

Mientras tanto, Rodin aguardaba tranquilamente la muerte, sentado en su jardín, con un álbum y un lápiz en la mano, acechando actitudes graciosas, eúritmias espontáneas en unas cuantas muchachitas completamente desnudas que iban y venían delante de él, como en los felices días olímpicos...—SILVIO LAGO



"Croquis acuarelado"



"La edad de oro"
(Dibujos de Rodin)



"Croquis acuarelado"



EN LAS CALLES DE PARÍS.—ALIANZA FRANCO-INGLESA

DIBUJO DE ECHEA

MOMENTOS
HISTÓRICOS

UN MINISTRO APROVECHADO

O^H, aquellos lejanos tiempos del absolutismo en que se vivía en España con licencia del *Deseado* Fernando! ¡Qué de cosas y cosazas veíanse á cada hora del reloj, sin que hubiese medio de protestar, porque toda protesta llevaba anexa la pena de muerte!

Nos quejamos del presente, que no es, en verdad, muy feliz y halagüeño; pero si tornamos la vista al pasado, para establecer comparaciones, creemos vivir en el tiempo mejor y recordaremos, con desprecio y enojo, los sabidos y manoseados versos de Jorge Manrique.

Fué este tiempo cuando á la briba y picardía españolas, triunfantes hasta entonces en la calle, al amparo de la caridad mal entendida y ensalzada en novelas y romances, parecieron poco para medrar las plazas soleadas y los atrios santificados, y encontrando un fuerte apoyo en el Monarca, escaló los primeros puestos de la Nación.

Y así andaban las cosas mientras cada cual hacía su agosto, desde el Rey mismo, que se lucraba con la compra de una escuadra podrida y disponía á su antojo de las arcas del Erario, para repartir el oro de Indias que caía en ellas entre sus paniaguados y advenedizos.

En la pléyade de ineptos y aventureros que pasó por las poltronas del Gobierno durante el desdichado año de 1814, figuraba como ministro de Gracia y Justicia, D. Pedro Macanaz, quien, á lo que parece, era el único que llevaba su cartera con un poco de blandura y comedimiento.

Para él no había dificultades en nada; todo se lo encontraba llano como la palma y, cuando sus demás compañeros de Gabinete y el mismo Rey hallábanse en algún atolladero de donde sólo pensaban salir por la *tremenda*, él aparecía sereno y risueño y lo solucionaba todo de la manera menos ruidosa y desagradable.

Su tema constante solía ser: —Déjenme pensar y escribir, y ellos limitense á aprobar ó desaprobar lo que yo haga.

Por esta manera de ser, y además porque parece que era hombre de muy buena gracia, logró conquistarse las simpatías de Fernando VII. Asimismo queríanle bien sus camaradas, porque como ellos no tenían más que deseos de medrar, y, cuando mucho, ensañarse con la Libertad, dejábanle solo en todos los asuntos del Gobierno; y así puede decirse que suplía, con mucha ventaja, al duque de San Carlos, en Estado; al general Eguía, en Guerra; á D. Cristobal Góngora, en Hacienda, y á D. Luis de Salazar, en Marina.

Pero no era todo virtud ni amor á los intereses de la Patria; detrás del hombre activo aparecía el ambicioso, el pícaro, el aventurero.

Fué de los que se unieron á Fernando en el destierro de Valencey; supo apoderarse muy bien de su ánimo, y, al llegar á España, le encumbró hasta hacerle ministro de la Corona.

De Francia trajo consigo una mujer de muy buena presencia, que aunque ya iba pisando las lindes de la edad madura, tenía muy buen ver y notable atractivo. A todos cuantos le visitaban presentábalas como su ama de llaves; pero, si vale decir verdad, muy pocos lo creían.

La señora Luisa Robinet, que así se llamaba, tenía humos y fueros de ama de casa, y así la del buen don Pedro comenzó á subir como la espuma, y presto pudo codearse, en comodidades y riquezas, con las más notables de la corte.

La envidia, que nunca descansa, y algunas veces, de puro maliciosa; acierta en sus insidias, comenzó á propalar que aquel auge y boato no eran ganados en manera honrada, y en toda la corte hubo mosconeos de murmuración contra la probidad y honradez del ministro de Gracia y Justicia.



Los que se daban por muy bien enterados, aseguraban que don Pedro, puesto de acuerdo con su ama, vendía, á muy buen precio, los empleos y cargos públicos.

Todos los días caían alondras incautas al reflejo de su excelencia, y así marchaba el negocio de provisiones, que era una verdadera mina. Se dijo que, para darles mayores visos de seriedad y garantía á los interesados, depositaban éstos las cantidades convenidas (que nunca cobraba Macanaz, sino la señora Luisa), en casa de don Jaime Dot, comerciante muy acreditado.

El rumor fué creciendo de día en día, hasta el punto de que casi fué habillita popular, y en poco estuvo que no saliera en coplas por las calles. Subió la especie hasta los oídos del *Deseado* monarca, por el conducto del inclito *Chamorro*, que era uno de los más enconados enemigos del ministro, porque éste, si bien tolerábale como *sabandija* de la corte, nunca avinose á sus amaños y trapicheos.

En una de aquellas memorables tertulias que el Monarca celebraba con su *distinguida* camarilla, D. Víctor Sáez, *Chamorro*, Ugarte, el duque de Alagón y el embajador de Rusia, quedó concertada la desgracia de Macanaz.

Previnieronse doscientas onzas que el propio Soberano marcó con un cortaplumas, y, luego de darles por estuche un rico bolsillo de seda, entrególas á *Chamorro*, quien con este cebo había de tentar la codicia del incauto don Pedro, diciéndole que eran para la provisión de cierta canonjía, en el arzobispado de Toledo...

Y aconteció como se esperaba: picó la avaricia, y el ministro y su espléndida ama congratularonse del regalo.

La noticia fué muy bien recibida y celebrada en la *camarilla*.

Todo el tiempo que duró la tertulia, estuvieron regocijando con la zancadilla preparada.

Chamorro hizo más groseras bufonadas que de costumbre, y el Monarca *invicto*, saboreando un rico veguero, pensaba en el nuevo lauro con que acrecentaría su popularidad.

Un arranque de *moralidad* estaría muy bien en medio de tanta represión y despotismo.

Al dar por terminada la tertulia, dijo al duque de Alagón:

—Te necesito mañana, muy temprano...

ooo

El 8 de Noviembre de 1814, que era el siguiente día, presentóse Alagón á las siete en el cuarto del Rey.

Ya estaba Fernando vestido sencillamente, sin gala ni distintivo alguno.

En seguida, pues no esperaba más que la llegada del duque, salieron de Palacio y encamináronse hacia la casa del aprovechado consejero, que alzabase en la calle de la Madera.

Un piquete de la guardia Real seguía á buen trecho...

Llegaron á la mansión de su excelencia, que á tales horas dormía dulce y sossegadamente como hombre de recto y sano espíritu, que tiene bien cumplidos todos sus deberes.

Un criado franqueó la entrada y dijo, como su amo no estaba visible á aquella hora, que volviesen á las nueve.

Arguyó el Rey que era cosa urgente lo que le traía y ellos amigos de toda confianza, de modo que no tuviese recelo alguno en dejarles pasar.

Iba el hombre á prevenir al confiado durmiente, pero también esto lo dieron por hecho los intrusos, diciendo que la mucha amistad que habían, les autorizaba para entrarse hasta la misma alcoba.

En lo más grato del sueño estaba su excelencia, cuando fué interrumpido con la irrupción de la visita, que por ser quien era, no entró en la estancia con mucho miramiento.

—¿Quién anda ahí?—preguntó Macanaz, de no muy buen talante.

Y como de piedra debió quedarse el hombre al oír la voz de Fernando, que le respondía:

—Yo, mi buen amigo, que he querido ser la primera persona que te dé los buenos días.

—Pues, ¿qué sucede, Señor? ¿A qué debo esta honra inmerecida?—, continuó, incorporándose en el lecho. Y tornó á responder el Rey:

—Serénate, amigo Macanaz; puedes permanecer tranquilamente en la cama; no pienso molestarte; dame las llaves de tu papelería. Tengo curiosidad por saber lo que guardas en ella.

El ministro quedó como muerto; pero la actitud del Monarca no admitía excusa, y fuéle preciso obedecer. Ibese á levantar, pero no le fué consentido.

El Rey, seguido de Alagón, penetró en el despacho.

Doña Luisa, oculta detrás de una cortina, observaba la escena, y al ver el giro que tomaban las cosas, arrambló con cuanto pudo y, sin andarse con ceremonias de despedida, dispúsose á tomar la del humo; mas como viera á los guardias, echó escaleras arriba y ocultóse en un desván, hasta que halló expedito el camino...

El registro tuvo el éxito apetecido, pues con las consabidas onzas halló el Rey otras pruebas abrumadoras, y así, de allí á pocos días, el señor D. Pedro de Macanaz salía confinado para el castillo de San Antón, en la Coruña.

ooo

Este es uno de los contadísimos casos de justicia que pueden apuntarse al Señor Rey Don Fernando VII en el capítulo de laudos, y acaso, más que por espíritu justiciero, porque Macanaz era el menos absolutista de sus ministros; que si por delitos de este jaez fuese á hilarse delgado, entonces, ahora y siempre, ¡cuántas veces tendrían los reyes que tomarse la molestia de ir á despertar á sus secretarios de despacho!...

DIEGO SAN JOSÉ

DIBUJO DE MARÍN



La Reina Doña Victoria y el príncipe de Asturias en una cacería de liebres, verificada recientemente en la Venta de la Rubia, y á cuyo deporte ha asistido por primera vez el augusto niño

Fot. Marín

LA ESFERA

LOS MÁS BELLOS CUADROS DEL MUSEO DEL LOUVRE

ESCUELA FRANCESA



MADAME RÉCAMIER, por David

Jacques-Louis David (1748-1825) era el más alto prestigio del arte francés al comenzar el siglo XIX. Ya en la segunda mitad del siglo XVIII la trivialidad de Boucher y de sus discípulos había provocado una reacción en favor del arte antiguo, y el descubrimiento de las ruinas de Pompeya y de Herculano y los esfuerzos del alemán Winckelmann y del italiano Piranesi encauzaron tal movimiento. Más tarde, David, prosiguiendo la obra de su maestro Vien, logró el completo triunfo del clasicismo y se erigió, de tal modo, en maestro de una escuela que en realidad no

había fundado. David fue pintor de Historia y retratista. Sus obras maestras, como pintor de Historia, fueron los cuadros titulados *Las Sabinas* y *Le sacre de Napoleon*. Pero ni estos cuadros ni ningún otro lienzo de David se acercan siquiera a la maravilla que este pintor legó a la admiración del mundo con su *Retrato de madame Récamier*: el más claro timbre de gloria de la escuela francesa en el Louvre. El *Retrato de madame Récamier* es una joya de la que se enorgullece con justicia el arte pictórico francés.

Cantaba un huésped de tu jardín

TROVA DE AMOR

Virgen morena, rosa temprana:
alegra el marco de tu ventana
con tu sonrisa, nieve y carmín,
que canta un mirlo su riveirana
bajo la fronda de tu jardín.

En una linda jaca enjaezada,
de finos remos y gran alzada,
buen caballero, llega un galán
con la leyenda quintaesenciada
de algún romance de Valle Inclán.

Para tus sueños de poesía
tal vez una hada lo buscaría
y á tu ventana viene á trovar,
y acaso venza su melodía
al pobre mirlo del gay trinar.

El caballero ya se avecina;
el hada joven, que es tu madrina,
te lo conduce para tu bien;

vibra en el trofe la sonatina
que á una princesa cantó Rubén.

Oh, princesita, virgen morena:
en cuanto asome la luna llena
oirás la trova bajo el fulgor
de la redonda diosa serena
que es protectora del buen amor.

Decirte bella me está prohibido;
yo soy el mirlo, formé mi nido,
y mis arrullos te han de enseñar
que al caballero de amor rendido
de amor sincero debes pagar.

Virgen morena, rosa temprana:
alegra el marco de tu ventana
con tu sonrisa, nieve y carmín,
que canta un mirlo su riveirana
bajo la fronda de tu jardín.

Felipe SASSONE

DIBUJO DE BARTOLOZZI



UDINE, INVADIDA

ESTUVIMOS en Udine algunos días del pasado Septiembre, cuando la vieja ciudad del Friul era centro de operaciones y cuartel general de Cadorna. Hoy, no sólo Udine, sino todo el Friul, está en poder de los austro-alemanes, y el recuerdo de aquellos cuatro días tiene para mí un valor dramático y, por lo tanto, un valor poético. ¡Pobre Udine! Ya entonces estaba profanada su quietud de pueblo fronterizo, de rincón provinciano, por el estruendo de la guerra. Ibamos á comprar los periódicos de Milán y de Roma—*Il Secolo*, el *Giornale d'Italia*, el *Corriere della Sera* y también algún diario veneciano—á una librería que se llenaba de gente. Había que esperar turno. La calle y la plaza palpitaban también con la misma fiebre de la guerra. Soldados—centenares de soldados—, desfilaron mañana y tarde por delante del librero. ¿Cuántas personas entrarían al año en su tienda antes de la transformación de Udine? ¿Cuántos volverán á entrar cuando acabe la guerra? Y ¿qué libros habrá en el escaparate? ¿En italiano ó en alemán? ¡Si pudiéramos saber esto último vendrían á comprarnos el secreto todos los diplomáticos y todos los tenderos del mundo! ¿Estarán todavía para entonces, ó mejor dicho, estarán ya otra vez, los libros optimistas en que triunfan el lírico fervor dannunziano y la confianza de la madre Italia en sus grandes destinos?

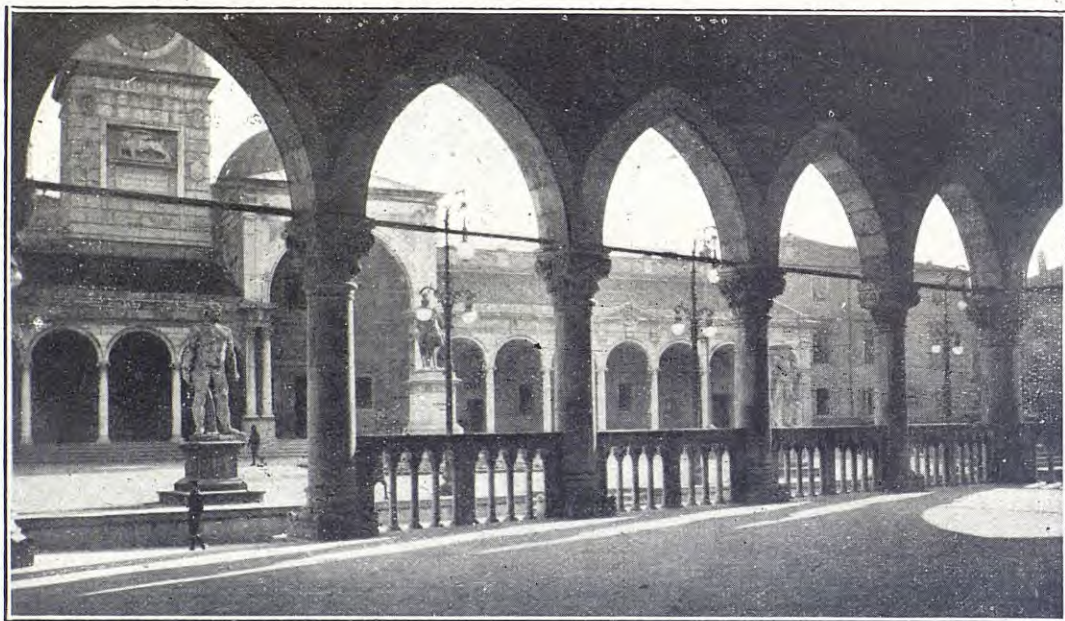
Udine se creía segura. Era una buena ciudad apacible y amable que no había perdido su carácter á pesar de verse, por azares de guerra, tan rica de vidas y de oro. Seguía vegetando, como una abuela sin pasiones, á la sombra del arcángel marcial que está de centinela en el esbelto *campanile* de la Santa Madona, rodeado de cipreses. Al mediodía paseaba por los soportales.—Esos soportales de arcos anchos y chatos, tan agradables de recorrer y de curiosar, donde encontráis de todo en las tiendas más raras y más viejas, y donde á lo mejor aparecen las últimas supervivientes de una casta de gorras ya extinguida, que sólo ha dejado rastro en otros soportales de Avila ó de Gerona.—Allí las udinenses, ni venecianas, ni montañesas, lucían su escolta de uniformes grises, de todas las armas y de todos los matices del gris.—Ellas sabían distinguirlas muy bien por el cuello de terciopelo.—Al anochecer los cafés desbordaban sus mesas por las aceras, y el elemento civil tomaba su desquite porque allí no podían sentarse los oficiales. Era, sin embargo, la hora en que el ambiente militar nos envolvía como si viviéramos en un campamento. Estaba cerca la gran colmena de la guerra, y por todas partes veíamos agitarse un ejército de dispersas y laboriosas abejas. Luego, llegaba la noche. Pero la noche de Udine era ya otra cosa: una cosa única é inolvidable. La noche de Udine no se apreciaba bien al echarse á la calle porque caíais en una oscuridad campestre, de arboleda ó de ruinas. La claridad del cielo estrellado, la del crepúsculo lejano y más tarde la luz tenue de la luna, menguante aún, hacían más espesas las sombras y no os dejaban percibir el



El Gobierno y el "campanile"

Pensamientos muy tímidos también como el zafiro que nos alumbraba. Pensamientos de neutral, impropios de la zona de guerra, y que voluntariamente se apartaban, se hacían á un lado cuando llegaba, agüjereando las sombras con su poderosa linterna, un auto militar, ó un ciclista con el pelo blanco de polvo y en la cartera un pliego que aguardan en el despa-

alumbrado de Udine. Erán unas luciérnagas brillando humildes de trecho en trecho. Erán algo mejor, en realidad: zafiros y esmeraldas. Luceitas verdes y azules que os decían: «Aquí estamos», muy discretas, en los parajes oportunos, y que habituados á su tímido resplandor os guiaban de verdad. Pero, ¡qué novelesca semi-obscuridad la de aquella plaza de la Loggia, oculta en la noche para los aeroplanos austriacos! Algunas veces, huyendo del aire enrarecido, el humo y la algarabía de los cafés, nos sentamos en las gradas de la *piazzetta*, bajo el león de San Marcos. Por la tarde habíamos visitado el Monte Sabotino ó habíamos visto la miseria de un hospital de sangre. Y nos preguntábamos grandes cosas acerca de la guerra. Por ejemplo, si las guerras acabarán alguna vez. Si las madres crían á sus hijos para las bombas ó para los cirujanos.



Plaza de la Galería Municipal

cho del comando supremo. Luego, sin resolver cuestión alguna, volvíamos al hotel, á la fondita provinciana de Udine. Todavía estaba Rosina en su escritorio, sin militares, sin más admiradores que nosotros, y siempre tan bella y tan rosada.

Rosina, nieta de héroes, tenía miedo del frente. Le aterraba morir á los diez y siete años. No quería novio, y prefería esperar al fin de la guerra, cuando ya estuviera segura de que no se lo iban á matar... ¿Qué habrá sido de Rosina? Porque aquellos días de paz en la guerra ya se acabaron. El arcángel del *campanile* ha visto llegar, por el lado de Cividale, columnas de humo. Han empezado á volar sobre Udine los aeroplanos austriacos. Han caído las primeras bombas de la invasión. ¿Dónde? ¿En la Loggia del Lionello? ¿En los frescos del Tiépolo? ¿Quizá en la misma calleja llena de paz—y de chiquillos—que yo veía al abrir la ventana? Rosina habrá seguido escribiendo sus tarjetas y llevando sus libros, acaso un poco pálida y acaso equivocándose. Pero el humo se va acercando ya hacia la puerta de Aquileia. El ritmo de Udine se acelera. Los autos pasan con estruendo. Los convoyes llenan de ruido y de polvo la ciudad. Bajo los soportales han dormido, á racimos, una noche y otra, los fugitivos de la campaña del Friul. Llanto de niños... Lamentaciones... Juramentos de soldados...

¿Qué hacer? ¿Qué ha hecho el buen fondista de Udine? ¿Quién estará sentado hoy en aquella sala, á rededor de la mesa familiar, donde Rosina nos servía el té y nos enseñaba el retrato de su abuelo, que fué héroe en la batalla de Campo Formio?

LUIS BELLO



Piazza del Mercato Nuovo é iglesia de San Iago

SILUETAS DEL GRAN MUNDO



EN LAS CARRERAS DE OTOÑO, apuntes del natural por R. Marin

PÁGINAS POÉTICAS



LAMARA-FTO

?

La tarde declinaba, moría en la floresta
un dulce y melancólico crepúsculo otoñal.
Envolutos en las auras, de una lejana orquesta
llegaban ecos tenues de un ritmo musical,

rumor de alegres risas, estrépito de fiesta,
canciones y chasquidos de copas de cristal.
Brillante el recio casco, la blanca pluma enhiesta,
abandonó la fiesta el Príncipe Imperial.



Llegó al borde del lago, abatido y silente
sobre la barandilla rindió la augusta frente;
en las serenas aguas se reflejó el airón.

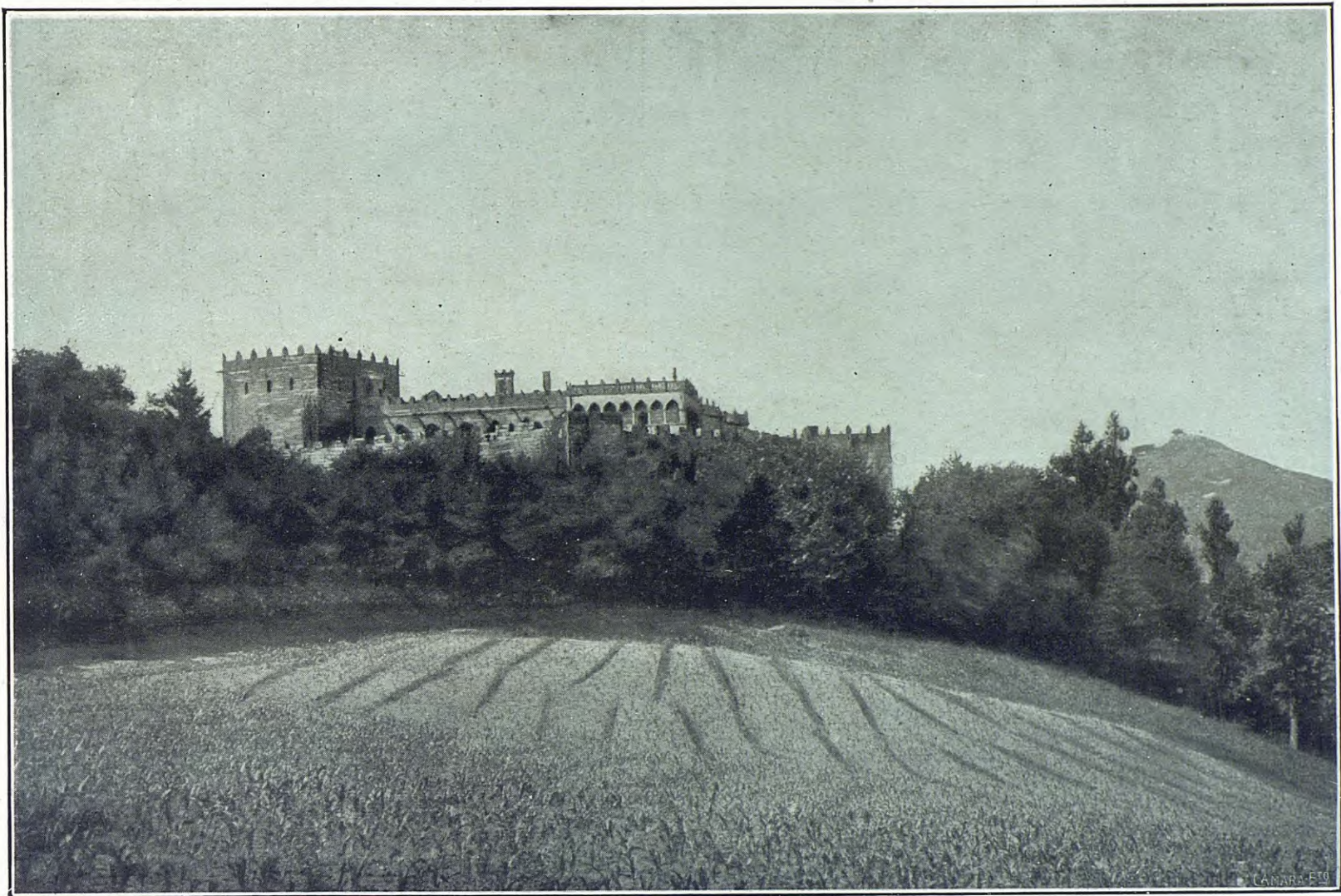
Quedóse al verlo un cisne cautivo en el reflejo;
sobre la superficie bruñida del espejo
dobló el cuello la curva de una interrogación.

DIBUJO DE BARTOLOZZI

Pedro MATA

ESPAÑA ARTÍSTICA Y MONUMENTAL

EL CASTILLO DE SOTOMAYOR



Vista general del castillo de Sotomayor

LA Vida, esa tremenda incógnita que tanto empeño ponemos en resolver los que venimos al mundo sin que en él nos aguarde otra fortuna que la fortuna de encontrar trabajo, acaba de hacer una de sus acostumbradas muecas de sangrienta burla: es de estos días el anuncio de haber salido á subasta el castillo de Sotomayor.

Noticia emocionante para quien, como yo, co-

noce la historia de la casa de Sotomayor y la historia del castillo, y ha vivido en él larga temporada, recorriendo á diario sus murallas, sus habitaciones, bajando á sus subterráneos, subiéndolo á su formidable torre de homenaje, asomándose á su poética galería del patio de armas, pasando largas horas de contemplación, pidiendo á las viejas piedras, á las ciclópeas puertas evocaciones de pretéritas edades que desfilaron ante la enorme fortaleza sin alterar la austeridad de su fisonomía.

Los aficionados á escrutar los misterios del destino de las cosas tienen en este hecho de la subasta una ocasión merecedora de ser aprovechada; he ahí un castillo erigido en plena Edad Media, guarida de un famosísimo señor de rapiña que se llamó *Madruza*, allá en el siglo xv, castillo cuya posesión estuvo en litigio después durante siglos enteros; abandonado como todos los castillos españoles cuando la nobleza buscaba el brillo en la vida de intrigas de la Corte, trocando la antigua fiera en decadente servilismo y adulación de monarcas, asimismo decadentes; convertido en el siglo xviii en escuela; restaurado á fines del siglo xix por el marqués de la Vega de Armijo y de Mos, que hizo de él residencia veraniega; transmitido por herencia, en los primeros años de este siglo xx, á la marquesa viuda de Ayerbe, y sacado hoy á subasta para caer no se sabe en qué groseras manos de cualquier rastacuero forrado de oro.

Castillo feudal en su nacimiento; propiedad al cabo de cientos de años de un matrimonio colectivista: la ex marquesa de Ayerbe y su segundo esposo el doctor D. Enrique Luría, que construyeron allí un sanatorio, que establecieron una serrería mecánica y un molino y que se proponían transformar en granja modernísima lo que era huerta semi-inculta y parque de recreo.

Mas allí estaba acechando el destino para

derribar de una manotada los bellos proyectos...

ooo

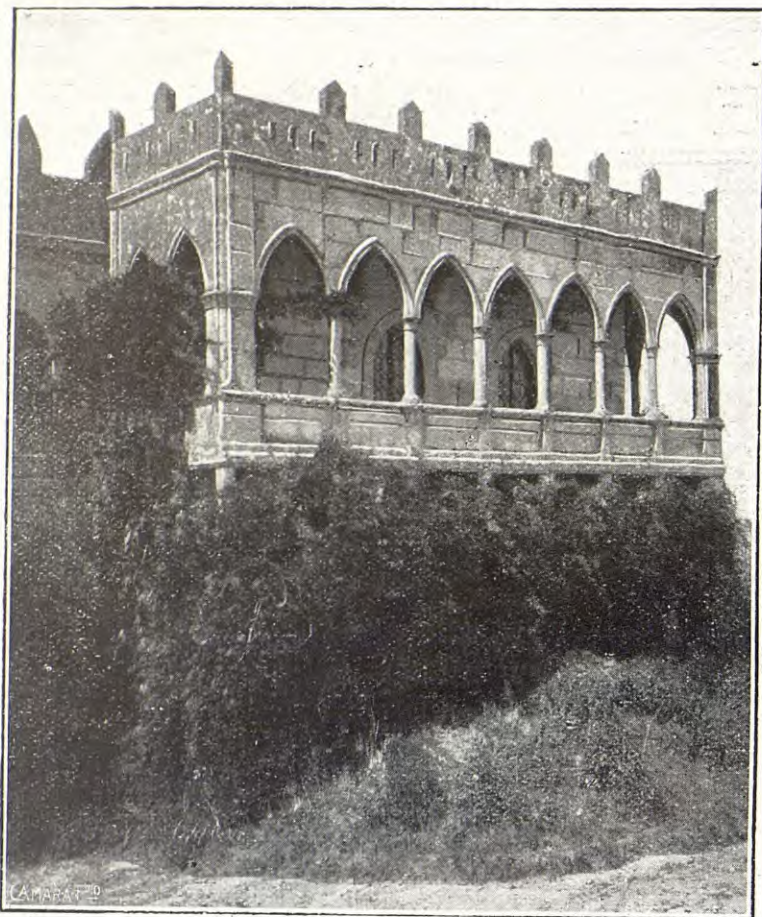
Entre Redondela y Pontevedra, en una pequeña estación llamada Arcade, hay que dejar el tren; sálese pronto al camino de Sotomayor, que tiene un recorrido pintoresco; en suave pendiente va ascendiendo por las laderas de varias



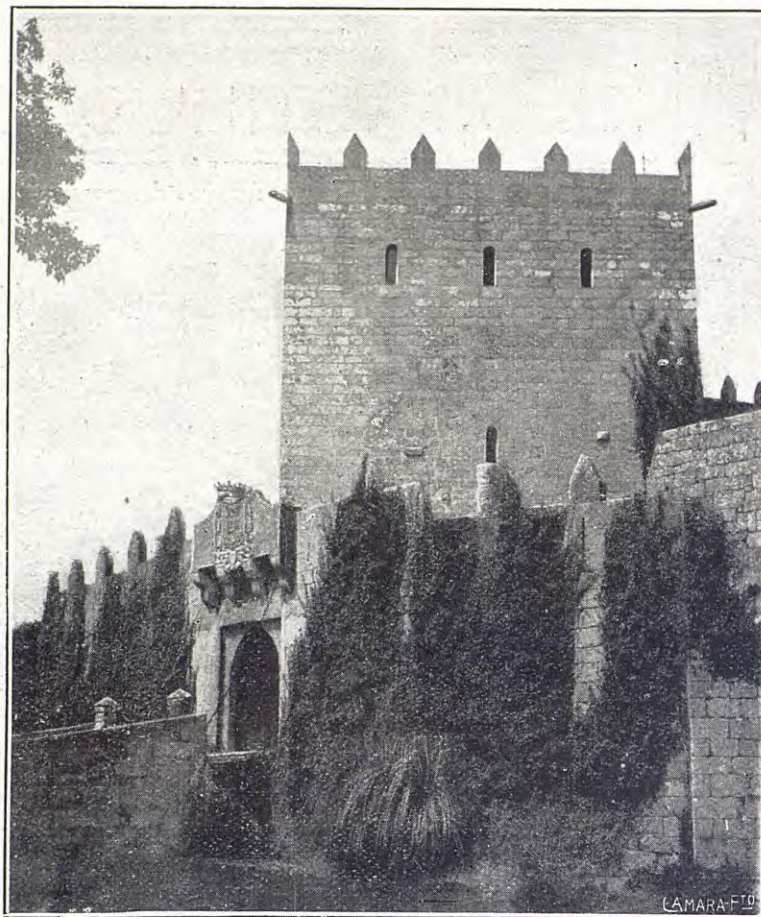
Detalle del recinto exterior



Antiquísima entrada al recinto exterior



Galería exterior sobre la plaza de armas



Puerta del recinto exterior y torre del homenaje

montañas hasta que, á unos seis kilómetros de la estación, se llega al castillo. Un breve camino que forma un ángulo agudo conduce desde la carretera á la fortaleza.

La enorme fábrica sobresale entre un bosque de castaños colosales, de eucaliptos de altura inverosímil, rectos como agujas, y cuyos troncos alcanzan un grosor que en parte alguna he hallado.

El aspecto exterior del castillo es formidable; produce la impresión de una fuerza invencible. No en balde tuvo fama de no haber sido jamás sometido; sólo un hijo de su dueño, un hijo de *Madrugá*, pudo entrar allí contra la voluntad de su

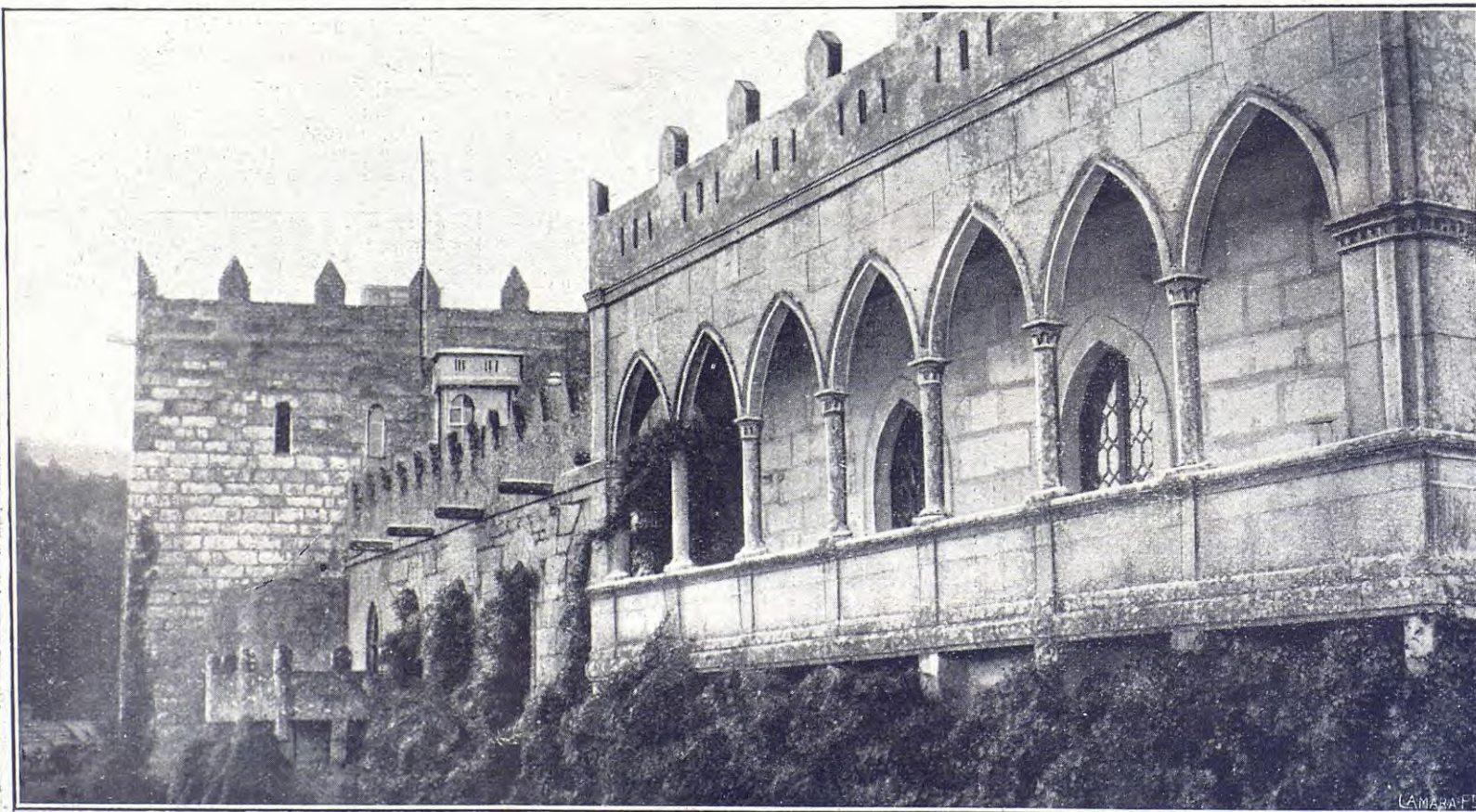
padre, y aun para lograrlo hubo de disfrazarse y contar con la complicidad de algunos servidores.

Describir en detalle la fortaleza no es nuestro propósito. Daremos simplemente una ligera impresión, valiéndonos de plumas ajenas.

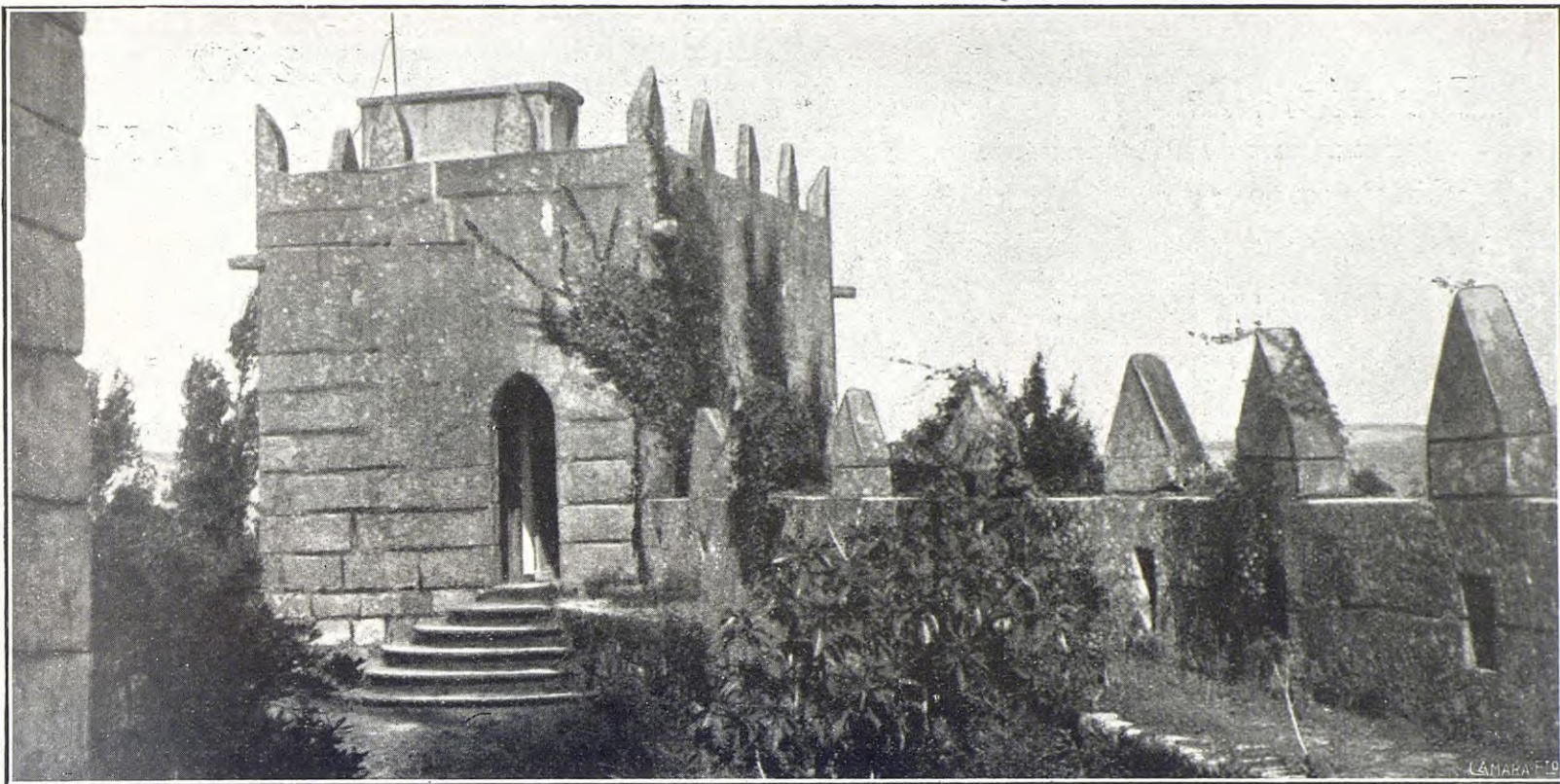
En un documento de principios del siglo xvii se describe el castillo de Sotomayor en esta forma:

«Son dos torres de escadria de treze palmos de ancho las paredes, de grandísima altura, y de una á otra se camina y anda por otra muralla de la misma anchura de los treze palmos; luego la cerca una muralla de la misma grossura, dexan-

do en medio una plassa de armas grande en que cabe mucha gente; luego la torna á cercar otra muralla de la misma anchura, la qual no dexa plassa más que cosa de veynte palmos en basío, por donde camina la gente. Este fundamento es el verdadero solar; avera cerca de quinientos años vino á suceder esta casa un caballero que se llamó Alvaro Pays de Sotomayor; éste hizo otra muralla por fuera desta, con su carea y mudo la portada de la dicha fortaleza, y para entrar en ella se entra por un puente; esto lo dexa Fernán Aves de Sotomayor, Señor de la misma casa que la haúa anssi ohido á sus padres



Fachada principal del castillo



Torreón, en uno de los ángulos de la muralla exterior

y abuelos; la dicha fortaleza no tiene fuente dentro, mas tiene unos escalones viejos por donde antiguamente se iba baxando por ellos y sacaban la agua y salían fuera á ver lo que pasaba; esto se está oy viendo.»

Según la marquesa de Ayerbe, que publicó en 1905 un libro sobre el castillo y la casa Sotomayor, la fortaleza debió ser construída hace más de ochocientos años, allá por el siglo xi.

En cuanto al estilo de la construcción, verdaderamente severo, sin estar desprovisto de elegancia, ni aun de poesía, mejor que mis profanas palabras, darán idea las fotografías que acompañan á estas líneas.

Más allá del castillo, al otro lado del monte, está el pueblo de Sotomayor, donde todavía las viejas gallegas cuentan á los asombrados netezuelos las portentosas hazañas de Pedro Madruga, el señor que resistió á los Reyes Católicos, que venció á cuantos vecinos le pusieron guerra, que tuvo prisionero al obispo de Túy, que fué el terror de la región entera y que sólo sucumbió á la traición de su propio hijo.

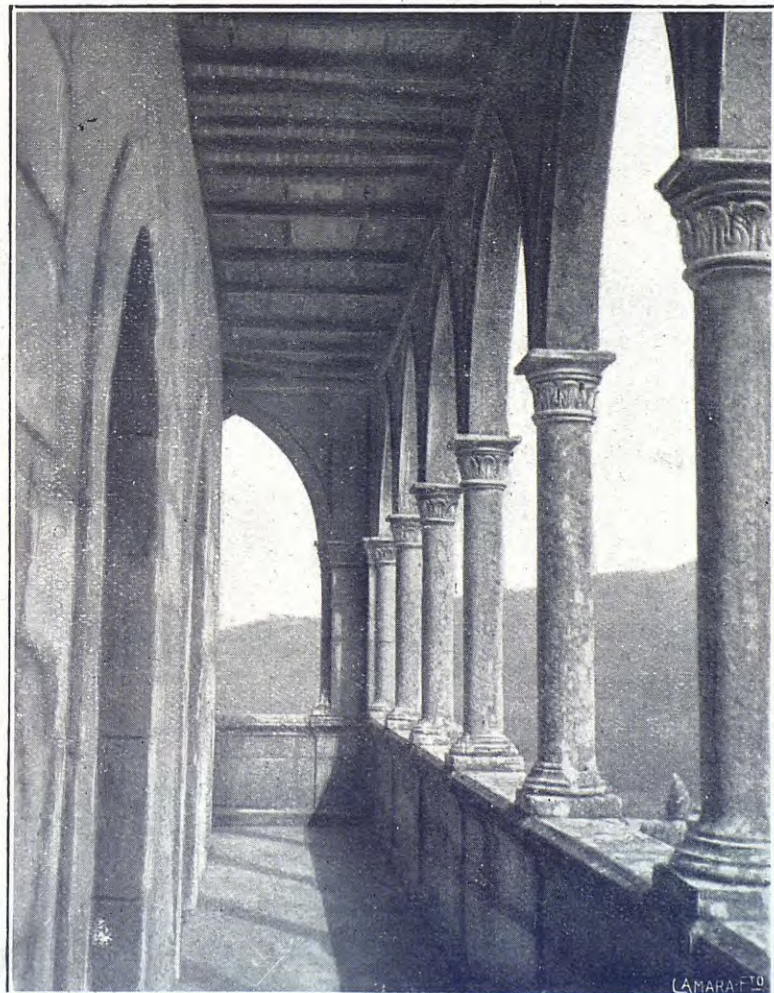
A los pies de Sotomayor corre el río Verdugo, ancho y profundo, próximo á su desembocadura en la ría de Vigo. Hasta allí llega la influencia de las mareas; durante la pleamar, el caudal aumenta, y las aguas son salobres.

La belleza del paisaje es indescriptible. No incurriremos en la cursilería y en la impropiedad de compararlo con Suiza; pero si terminaremos estas líneas sonriéndonos de esos españoles acaudalados que van á Suiza para contemplar panoramas, según dicen; pero, en realidad, para seguir la corriente y darse postín, é ignoran la existencia en su propia patria de regiones tan espléndidamente bellas como Galicia.

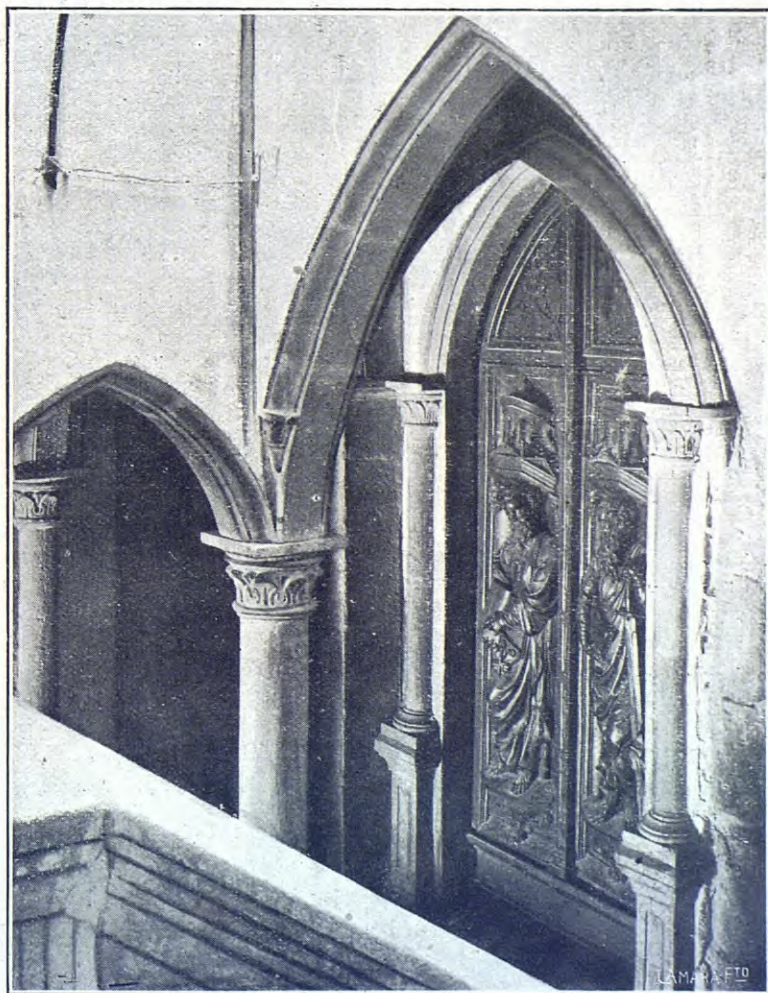
Si recorrieran estas tierras, llenarían el espíritu de sensaciones constantemente renovadas y siempre nuevas.

JUAN A. MELIÁ

FOTOGRAFÍAS DEL AUTOR



Vista exterior de la galería



Puerta de la capilla, en la esca'era del castillo

Españolada

Bolero burlesco



¡Caramba! ¡Hola!
Yo soy la española
Lola.

Yo soy la España de pandereta,
soy la de Dumas, la de Gautier.
Nací entre sonos de castañuelas
y vine al mundo diciendo: ¡olé!
Krye Eleyson
Vivan las cadenas
y la Inquisición.
Fandango, cachucha, bolero,
salero,
te quiero.

Y para que no se diga
que no soy buena española,
llevo navaja en la liga
y, además, me llamo Lola.

Yo iba á los toros, ¡olé!,
con un picador de á pie.
Y lo mismo que falderos
me seguían altaneros
un galgo y un pavo real.
¡Porque es lo más natural!

Era mi novio en Sevilla
un torero con perilla,
y mató junto á mi reja
á un gentilhomme marqués

que volvía de palacio
con guitarra y calañés.
Eso es,

Mas yo aborrezco al torero
que me persigue otra vez,
porque adoro al bandolero
don Menéndez de Jerez.
Pero éste tiene una novia
llamada doña Segovia;
y yo, para ahogar mi pena,
me marchó á Sierra Morena
y al bandido buscaré.

Y le diré:
¡Olé!
Salero,
te quiero,
y en prueba de mis amores
te bailo un bolero.

Ese hombre que en la montaña
vive en agreste cabaña,
es todo un Grande de España
que juró al mundo terror,
desde la noche en que á un baile
fué disfrazado de fraile
y se escapó con la hija
del señor corregidor.
¡Qué valor!

Tanto gustó á la menguada
el gusto de la escapada,
que en la primera posada
quiso escaparse otra vez
y se fué con un soldado,
quedándose allí plantado
don Menéndez de Jerez.
¡Caray, qué desfachatez!

En trance tan lastimero,
engañado y confundido,
¿qué hacer puede un caballero
si no es meterse á bandido?
Y de la sierra en las peñas
vive metido en las breñas
y es de las gentes horror,
menos de mí que le quiero,
porque sólo á un bandolero
le puedo entregar mi amor.

Hará de doña Segovia
picadillo mi navaja,
porque en lugar de esa novia
debe haber otra más maja.

Y en Sierra Morena
la reina seré,
y al noble bandido,
así le diré:

Dentro de la serranía
entre el amor y la muerte,

pasaré la vida mía
como lo quiera tu suerte.

Daré á la virgen
de los Dolores
siete puñales
todos de plata;
de mis rosales
todas las flores,
y de mi pelo
la negra mata.
Luego, descalza,
los pies sangrando,
ante sus andas
iré bailando
cuando la saquen
en procesión.

Krye Eleyson.
Vivan las cadenas
y la Inquisición.

Fandango, cachucha, bolero,
salero,
te quiero.

Te quiero para mí sola.
Que soy la española
Lola.

PEDRO DE RÉPIDE

DIBUJO DE ZAMORA

LA ESFÈRA

ARTE MODERNO



“PANNEAU” DECORATIVO, por Enrique Simonet

EN LOS ARRABALES
— DE PARÍS —

LA PIQUETA Y LA GUERRA



La iglesia de San Nicolás de Campos, en París



El antiguo "Hôtel de Sens", en París

EN una revista argentina, un cronista preguntaba a sus lectores:

«¿Ha estado usted recientemente en París? ¿Cómo está París? ¿Ha podido usted comparar la Lutecia de los días bélicos con el París risueño y decidido de los días de la paz?» Algunos lectores han respondido una serie de banalidades. En todos ellos, fieles amadores y gozadores de estos lectores acierta con la verdadera frase, que, salvo cosas exteriores y de régimen de vida, la gran ciudad no ha cambiado. Ninguno de estos lectores acierta con la verdadera frase, que podríamos copiar de un clásico: «Es más fuerte que su dolor.» Si, es cierto. Cuantos vienen de allá y cuantos desde allá nos escriben, dicen lo mismo: «La guerra no ha arrancado a París ninguno de sus encantos.»

Sin embargo, en aquella revista argentina, un comunicante hace una observación curiosa: «La guerra—dice—ha prestado a París un gran servicio. Iba demasiado de prisa borrando las huellas del viejo París, del pintoresco París que conoció Napoleón, una de cuyas callejas dibujó Gustavo Doré. La guerra ha suspendido esta labor destructora. Como la piqueta demolidora ha suspendido su faena, vuelve, a pesar de la perturbación económica, a renacer el bullicio y la alegría de aquellas calles. La feria de objetos usados de la rue Saint-Me... que el pintor Hurel perpetuó en un cuadro, vuelve a renacer con

toda la pintoresca variedad que tienen estos mercados de despojos de la vida en las grandes ciudades. El viejo Montmartre parece resucitar. Sus modestos cafés llenan la acera con la serie de mesas, donde los consumidores se apiñan y vociferan y discuten.

No hay nada más interesante que estos barrios pobres que rodean las grandes ciudades, que enlazan con las espléndidas avenidas, con las calles suntuosas, y que son como una protesta perenne contra las injusticias de nuestra civilización, que tan torpemente reparte entre los hombres los bienes que la Providencia creó, sin duda, para toda la Humanidad.

Pero, al contrario de lo que ocurre en Londres y en Madrid, y aun en poblaciones más mo-

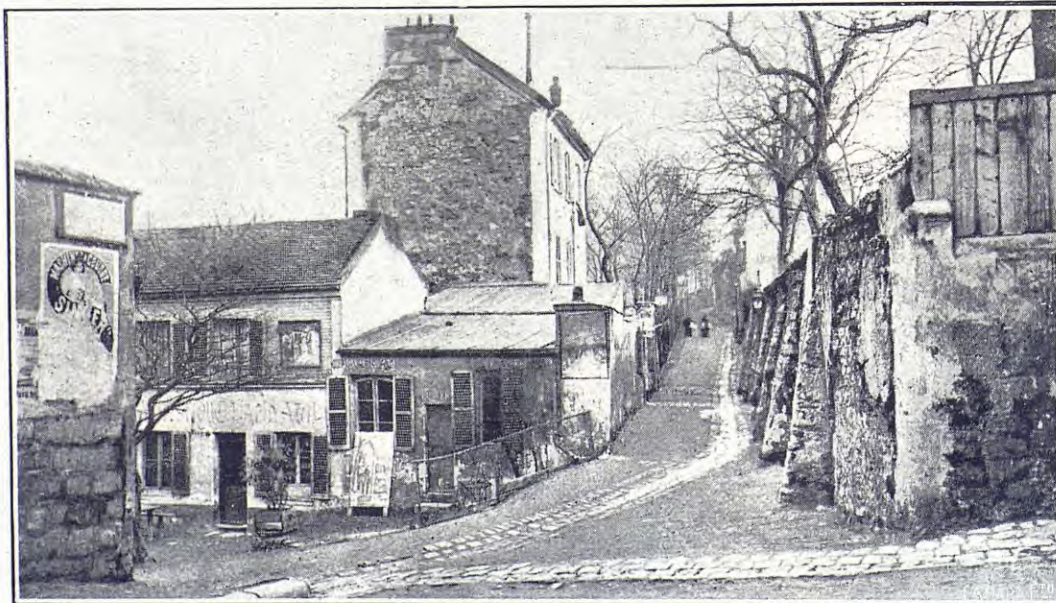
dernas, los arrabales de París, lo que queda del viejo París, que hizo taparse las narices tantas veces al delicado rey Felipe Augusto, no son barrios sórdidos, sucios y repugnantes. Muchas calles de Madrid, casi céntricas, quisieran tener el adoquinado de las calles y plazas del viejo Montmartre, y su limpieza.

Además, la guerra—que tan admirable exaltación ha producido en el espíritu francés—ha purificado también estas barriadas. Ya no hay *apaches*; será muy difícil que vuelvan a resucitar. Su nombre ha puesto un final a la tradición peligrosa de estos barrios. Fué aquí donde tuvieron sus dominios aquellas cuadrillas de nombres famosos: los *plumets*, los *rougets*, los *grisons*, los *tirelaines* que acometían a los viandantes en

plena calle; los *tire-soies*, que actuaban en las cercanías donde vivían los señores y los ricos; los *darbuts*, que, disfrazados, se introducían en las casas; y sobre todo, aquí era donde se refugiaban los *meurtriers*, que hacían pública gala de su oficio, y su oficio consistía en alquilarse para asesinar a quien fuese necesario.

¿No os parece que entre estos *coupeurs de bourses* y estos *affronteurs*, como ellos mismos se llamaban orgullosamente, surgen figuras semejantes a Monipodio y la Cariharta, a Rinconete y Cortadillo, a Chiquiznaque y Maniferro?

De todo esto no queda más que el recuerdo. París es la ciudad que más rápidamente se ha



La calle de San Vicente, del viejo Montmartre



Dos calles características del viejo Montmartre

transformado en el mundo. Las guerras y las revoluciones y los rápidos ensanches, han ido destruyendo todos los edificios antiguos, todos los barrios viejos, no salvándose de la furia demo-

ledora ni aun edificios como el Hotel de Sens, que, convertido en posada, tenía tanto carácter y evocaba tantos sucesos. Bajo Luis XIII ocupaba París una extensión de 560 hectáreas; hoy tiene más de cuatro mil. Esa expansión, en menos de tres siglos, explica que París conserve tan poco del viejo París de los calvinistas y de la Saint-Barthelemy. No ya Enrique IV, si resucitara y fuese a ver su codiciado París, que bien valía una misa, sino el propio Napoleón III, con haber sido el promotor, con el barón Haussmann, de la anexión de *la banlieu* a París y del trazado de los grandes bulevares, no reconocería a su ciudad. Acaso, salvo la avenida de los Campos Eliseos, que hace doscientos años tenía ya su hermoso trazado, unas cuantas plazas y dos docenas de edificios, Napoleón no reconociera nada de lo que viera en el París actual. El, como todos sus predecesores, tuvo la obsesión de engrandecer y embellecer a París, cosa que también preocupó mucho al primer Napoleón. Dijérase bien si se dijera que debieron de llamarse «Emperadores de Francia y Reyes de París». Este cariñoso cuidado fué substituido en las épocas de República por la Municipalidad: un verdadero Gobierno y un verdadero Parlamento. Administrar una ciudad como París es tanto ó más que regir una monarquía ó una república de muchas pequeñas que hay en el mundo.

Así, la guerra ha abrumado a la Municipalidad de París, como a todos los organismos oficiales. Los grandes proyectos que se estudiaban han sido archivados. Ahora hay muchos problemas de beneficencia y socorro, de avituallamiento y subsistencias que absorben toda la atención y todo el dinero del Gobierno municipal de la preclara villa. Así, podemos apresurarnos a recoger estas notas típicas que quedan en los arrabales de París, porque, acabada la guerra, se producirá una enorme reacción contra este período estéril. Entonces, rápidamente, se querrá ganar el tiempo perdido. Será preciso que ninguna ciudad aventaje a París; que ninguna sea más bella que París; que ninguna posea su alegría, su gracia y su ingenio... Que el mundo en-

tero la siga contemplando como el marinero contempla la luz del faro, que, en los riesgos de la noche, le señala su camino y lleva la tranquilidad a su alma.—AMADEO DE CASTRO



Una vieja calle de París, según un dibujo de Gustave Doré



"París en domingo", cuadro de Susana Hurel, que figura en el Salón de París de 1910



Otras dos calles típicas del barrio de Montmartre

PÁGINAS DE LA PERFUMERÍA FLORALIA



Enseñar deleitando debe ser el verdadero ideal de todo buen maestro.

Fiel á este axioma, la **Perfumería Floralia** descubre á la mujer los secretos de juventud y belleza que contienen las prodigiosas creaciones "**Flores del Campo**", y al propio

tiempo deleita el olfato con las finísimas esencias que se desprenden del exquisito **Jabón**, de los impalpables y refrescantes **Polvos de arroz**, del selectísimo **Extracto** y demás originales productos de tocador, tan codiciados del mundo elegante.

DIBUJO DE ZAMORA